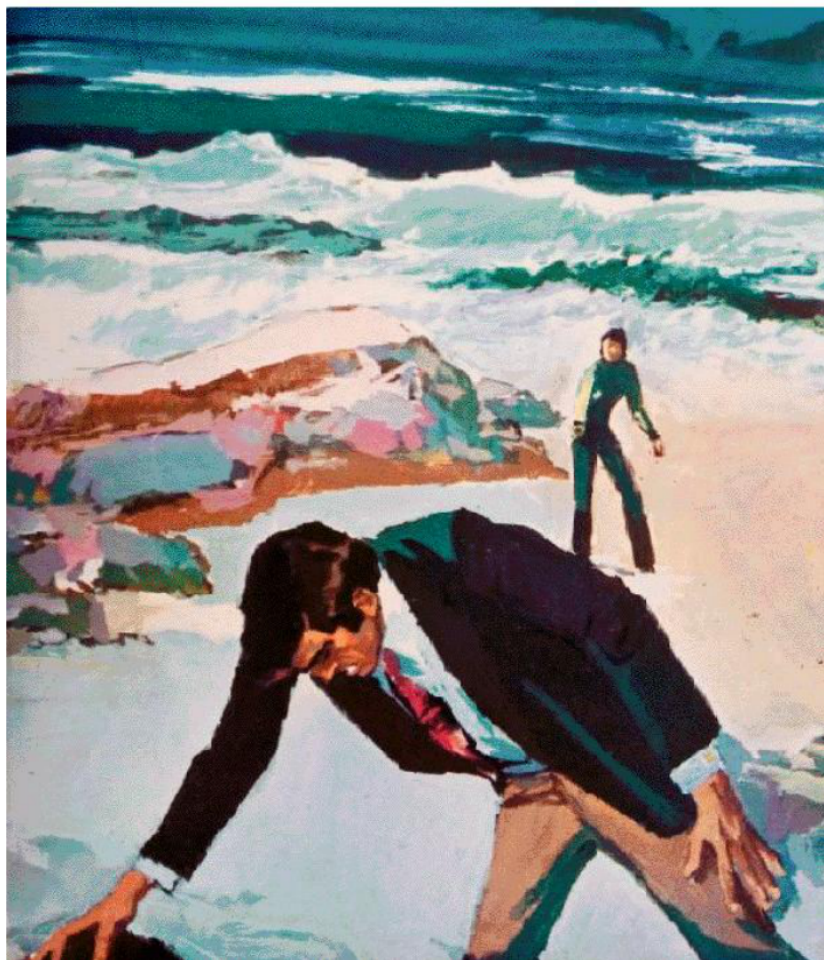




cabezas flotantes

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

PETER DEBRY

CABEZAS FLOTANTES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 620
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 99 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1974

© PETER DEBRY - 1974

texto

© DESILO- 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.294. —Corral de endemoniados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.230. —Morir de miedo.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.043. —Gallos plateados.

En Colección CALIFORNIA:

807. —La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805. —La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761. —El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

610. —Comprar con plomo.

En Colección ASES DEL OESTE:

663. —La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720. —Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

97. —La maldición de Laffit.

En Colección BRAVO OESTE:

550. —Dos para un patíbulo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

10. —Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

La playa se incrustaba entre dos altos acantilados, formando una franja semicircular de blanca y fina arena. Donde se interrumpía la arena, una hilera de cabinas parecía una barrera entre la playa y la ladera que iba ascendiendo en tupida arboleda por entre la cual se divisaban los *bungalows* veraniegos.

El lugar era llamado Hoyo Solitario y merecía el calificativo, sobre todo en aquel final de octubre. El pueblo más cercano distaba unos cinco kilómetros.

Frank Stevens gustaba de los sitios solitarios, porque había instantes en que le acometían rachas de misantropía. Sin rencores ni amarguras, y a su estilo burlón y despreocupado.

Decapitó con su bastón de junco un tallo reseco, y terminando de bajar la ladera, permaneció entre dos cabinas, contemplando la extensión de plácido verdiazul que el mar ostentaba en la quietud de aquel rincón.

Una soledad completa, sin más rumor que el blanco susurro del agua al desflecarse en espumas besando la arena. La única nota discordante, pensó Stevens, era el intermitente y desagradable graznido de las gaviotas.

Pero era una nota complementaria, casi obligada ya en el horizonte. El frescor empezaba a convertirse en presagio de frialdad húmeda.

Stevens alzó el cuello de su cazadora de ante. Una prenda impecable, dos años antes. Después, el constante uso la había deslustrado, al igual que sus pantalones de pana. La camisa de franela estaba aún flamante, ya que la había adquirido hacía solamente cuatro días.

Los mismos días que llevaba sin afeitarse.

Las botas necesitaban un urgente remiendo, pero eran confortables. El sombrero impermeable, abollado, no desentonaba

del conjunto.

Pensó que le sería posible dormir en una de aquellas cabinas de madera. En la bolsa de lona que llevaba al costado, colgante del hombro, tenía provisiones, y el colchón neumático era una delicia. Durante el día ocupaba poco sitio en la bolsa, y por la noche era un prodigio de blandura y tibieza.

Tanteó la puerta de la cabina a su izquierda. Tenía el cerrojo echado. Una gaviota emitió su quejido de siniestra estridencia.

Súbitamente, Stevens permaneció como paralizado, adelantada la mano hacia otra puerta.

El disparo acababa de repercutir con seco restallido, prolongándose en ecos por aquella concha de acústica natural que era la playa.

El disparo había brotado de lo alto, en la ladera. Escrutó Stevens la arboleda. Manchas verdosas oscuras difuminándose en el crepúsculo. Manchas blancas y rojizas de los *bungalows*, apareciendo a trechos por entre la masa verde.

Y de pronto vio Stevens al hombre que bajaba corriendo.

Era realmente un hombre aterrorizado, meditó Stevens. Apartaba con frenesí los matorrales, tropezaba, miraba hacia atrás con nerviosas sacudidas de cabeza, y reemprendía su fuga alocada.

Alocada, estimó Stevens con crítica precisión, porque siempre ofrecía blanco, en sus detenciones para mirar hacia atrás. En vez de parapetarse o encogerse o correr en zigzag, como enseñaban las películas de guerra, se erguía para tomar resuello, y miraba siempre hacia el mismo punto. Un edificio en lo alto de la loma y distinto a los demás, porque tenía dos plantas y una especie de torreón. Un reflejo llamó la atención de Stevens.

Era un reflejo metálico, alargado. Entornó Stevens los párpados para escrutar mejor. En efecto, aquello era el cañón de un rifle de caza. Lo deducía fácilmente evocando el eco del disparo. Seco, de buen calibre.

Una nubecilla de humo se dibujó en el extremo del cañón, y Stevens dirigió rápidamente la mirada hacia el fugitivo.

—Tuviste suerte, hombre —meditó en voz alta Stevens—. Un resbalón que te supone haber nacido de nuevo.

El fugitivo quedó unos instantes tendido en el césped. Pero la bala se había incrustado en la corteza del árbol en que se apoyaba

una fracción de segundo antes de emprender nueva carrerilla, truncada en caída por el propicio resbalón.

Pensó Stevens que por el momento quedaba a cubierto, allí tendido. Miró hacia el torreón. Se hizo visible la figura en la ventana.

Una mujer. Identificable por el largo cabello rojo y el jersey de lana blanca, que moldeaba adecuadamente turgencias muy femeninas.

La pelirroja se asomaba, oteando la arboleda. Con la misma tranquilidad que si estuviera en una partida de caza, entre amigos. Y con el aplomo de quien está seguro de la ausencia de testigos.

Percibió Stevens el sonido susurrante. El hombre a quien la pelirroja quería cazar a tiros iba reptando. Por fin, el instinto de conservación le había dictado lo más sensato.

Desapareció la figura femenina de la ventana del torreón.

Habría decidido tomar puntería desde más cerca, opinó Stevens, sabedora de que podía fallar nuevamente, salvo acudir a pie y aproximándose al desgraciado conejo humano, cuya única salida era la desnuda playa, o volver a remontar la ladera.

Pero el fugitivo, indudablemente fuera de quicio, parecía ver como único refugio el mar, la arena y la hilera de cabinas.

Se había incorporado y ahora corría en zigzag, grotescamente. Al llegar al linde de las cabinas se apoyó en una de ellas, resollando fatigosamente, casi coa gemidos.

Era un individuo de unos treinta años, moreno, vestido con elegancia sobria, y en estado normal debía tener éxito entre las mujeres. Ahora era un amasijo de nervios tensos. Que saltó como una liebre acribillada, cuando en su hombro le rozó el puño del bastón de Stevens.

—Calma, calma, compadre —aconsejó Stevens—. No tiene usted aspecto de ladrón escapando de un propietario furioso.

Boqueó el desconocido, como buscando una frase razonable, y sus ojos delataban un intenso temor.

—Tranquilícese, hombre, le dijo el médico al moribundo —sonrió Stevens—. Me imagino que no es de la policía la persona que le ha largado dos plomos. No van con rifle de caza... Oiga, he encontrado una puerta mal cerrada y puede meterse en la cabina. Venga conmigo. Hágame caso y no me mire con recelo. Ni sé quién

es usted ni me importa un pepino, pero no voy a consentir que le cacen, aunque se merezca usted mil muertes.

—Soy... Bruce Donovan... —jadeó el fugitivo—. Yo... le explicaré.

—Luego. De momento, venga a refugiarse —y Stevens le cogió por un codo.

Pasaron por el espacio sombreado entre dos cabinas, y pisando ya en el entarimado ante las construcciones de madera, empujó Stevens la puerta que había logrado abrir anteriormente, dejando en el interior la bolsa, mientras acechaba alternativamente al fugitivo y al torreón.

Bruce Donovan, al adosarse en el tabique del fondo de la cabina, pareció recobrar parte de su normalidad. Murmuró:

—Bajará hasta aquí... Y nos encontrará.

—Sólo me encontrará a mí.

—King vendrá con el rifle...

—¿King? —repitió Stevens.

—King Colbert. El vino a matarme y...

Tendió la mano Stevens en gesto imperativo. Se llevó a continuación el índice a los labios y desde fuera atrajo la puerta.

Se alejó unos pasos por el entarimado y aguardó la llegada de la persona que iba bajando pisando quedamente. Buena rastreadora, pensó, o la casualidad intervenía.

Lo cierto es que la silueta cautelosa vino a salir en el linde de la arboleda con las cabinas, a unos cinco metros del lugar por donde había surgido el llamado Bruce Donovan.

Era la pelirroja.

Zapatos de tacón bajo, medias de color de moda llamado con razón «Perverso», una falda de brillante piel negra, el jersey blanco que era un doble imán, y el tranquilo semblante de una mujer deleitándose en un paseo solitario.

Llevaba un bolso. Nada más. El rifle, o lo dejó entre los árboles, o lo sustituyó por otra arma que pudiera transportarse en el bolso.

Frank Stevens la contemplaba con descarada curiosidad, silbando entre dientes una popular melodía italiana, para orientarla.

Había aún la suficiente claridad para que pudiera apreciar la finura de los rasgos faciales, el grosor apetecible de los labios y la fascinante intensidad de los ojazos negros de la pelirroja.

Viéndola aproximarse con expresión de leve asombro evidente, calculó Stevens que si Donovan no desvariaba, allí faltaba un tercer elemento, que podía estar rondando: King Colbert. «El vino a matarme», había declarado Donovan.

En el entarimado, deteniéndose a dos pasos frente a Stevens, que daba la espalda a la playa, la pelirroja sonrió cándidamente.

—Buenas tardes —saludó Stevens, tocando el ala de su sombrero—. Un sitio verdaderamente tranquilo, ¿verdad? Se impregna uno con la placidez de la naturaleza en este ambiente alejado del mundanal ruido.

Ella le observaba con fingida serenidad, pero los negros ojazos analizaban fríamente. Su voz era grave, de pastosa tonalidad.

—Buenas tardes. Estaba en el chalet cuando oí ruidos que me parecieron disparos.

—Eran disparos.

—¿Y no... no se ha alarmado usted?

—Pegué un brinco, naturalmente. Pero hice funcionar la sesera. Eran dos disparos, espaciados, de escopeta de caza. Algún cazador furtivo. Ya sabe usted que en esta época del año, este litoral queda despoblado, pero entre la vegetación abundan animalejos de pelo y pluma. O a lo mejor es alguien que experimenta un furor exterminador contra las gaviotas. Comparto su afán. A mí, las gaviotas, con su chillido, me tienen frito. ¿Y a usted?

Acentuó ella su sonrisa, insinuando:

—Creo, haber visto a un hombre bajar por la ladera, hacia aquí.

—Yo. Me llamo Frank Stevens.

—No era usted, estoy segura. Vestía de otro modo, y era más bajo que usted, menos recio.

Señaló Stevens por encima de su hombro con el puño del bastón, que sostenía a la inversa, por la punta.

—La deliciosa y más absoluta soledad nos rodea.

—No quisiera parecer indiscreta, señor Stevens, pero su presencia por este lugar... resulta extraña.

—Soy un varón totalmente libre, sin hogar fijo. Camino a impulsos de mi real capricho, y puedo permitirme este lujo, porque aunque módica, poseo una renta que me consiente vivir sin trabajar. Creo que debí tener ascendientes benimerines, de éstos tan listos, que preferían la muerte al trabajo.

—No tiene usted los modales de un vagabundo.

—Ni lo soy, aunque mi vestimenta esté algo ajada. Me hallo a gusto en ella y siempre demoro acudir al sastre. El sastre y el peluquero siempre me inspiran una resistencia pasiva.

Observaba ella la hilera de cabinas. Y empezó a caminar lentamente. Rozando cada puerta, disimuladamente, en leve empujón con el codo.

A su lado, Stevens comentó:

—Una mujer bonita no debería pasearse a estas horas por un sitio tan desierto, créame. Podría usted tropezar con algún maniático y que fuese lunar o freudiano, le iba a atizar por lo menos un susto.

—Es usted un hombre extraño —dijo ella, deteniéndose.

Su codo izquierdo acababa de apartarse de la puerta. La única puerta que había cedido levemente a su presión. La de la cabina en cuyo interior se había refugiado Bruce Donovan.

—Su modo de hablar —añadió ella— contrasta con su vestimenta. Emplea términos que indican cultura.

Entreabrió ella el cierre de su bolso. Frank Stevens continuaba con el bastón empuñado por la punta, y apoyado el flexible junco sobre el hombro. Completamente decidido a dejarlo caer sobre la muñeca femenina, sin la menor galantería, en el caso de que la mano de la pelirroja asomase provista de un revólver o artefacto similar.

La mano femenina extrajo una linterna.

La frente de la pelirroja se fruncía en pliegues reflexivos.

«Problemas a resolver —meditó Stevens—. Cómo alejarme a mí. No resulta tan fácil cazar a un tipo con pánico, estando presente una especie de vagabundo recio y alerta».

—Señor Stevens, quisiera pedirle un favor.

«Veamos qué clase de cuento te sacas de la mollera, hermanita», pensó Stevens mientras replicaba:

—La raza Stevens ha producido siempre ejemplares de una galantería legendaria, señorita...

—Laura Baxter. Por intuición le supongo comprensivo con los caprichos femeninos, señor Stevens.

—No sea tan ceremoniosa, caramba. Sólo tengo treinta y cuatro años. Llámeme Frank.

Meditó Stevens que en el interior de la cabina, Donovan debía sudar como un pollo acatarrado. Y padeciendo lo indecible. Pero era evidentemente un calzonazos cuando ni siquiera se atrevía a asomarse, estando presente un refuerzo.

—Como le decía, Stevens, estoy segura que usted sabrá comprenderme. Esta apacible quietud me inspiró deseos de bañarme.

—El agua debe de estar de un frío como para interpretar *La marcha de los cosacos* a base de dentelladas, Laura.

Respingó ella levemente, como herida por la familiaridad. Forzó una sonrisa amable.

—La natación es mi deporte favorito y lo practico la mayor parte del año.

—¡Vaya, por Dios...! Pero se va a helar...

—Si fuera usted tan amable... Son escasamente diez minutos. Y no tiene pérdida. Mi chalet es aquél con el torreón que destaca. ¿Lo distingue?

—Lo avizoro perfectamente, Laura.

—No hay nadie en el chalet. Vine solamente a recoger unas cosas. Dejé la puerta abierta y encontrará usted mi bikini colgando de una percha del cuarto de baño.

Se decidió Stevens. Los enigmas le gustaban, pero sin que se demorase mucho la solución. Avanzó de modo que, adosado a un lado de la puerta, entreabierta escasamente unos centímetros, podía interceptar cualquier intento homicida de la pelirroja.

No la suponía tampoco tan necia como para dispararle a Donovan estando él presente.

—Dejé mi bolsa de viaje en esta cabina, ya que la puerta no estaba cerrada, providencialmente.

Empujó suavemente con la diestra, crispando más la zurda en torno a la punta del bastón apoyado en su hombro.

Laura Baxter, agrandando los ojos, miraba con intensa concentración el espacio de abertura que iba ensanchándose.

Proyectó de pronto el haz de su linterna al interior.

Frank Stevens, terminando de empujar la puerta, contempló el interior iluminado.

Vacío. Sin el menor rastro del aterrorizado Bruce Donovan.

CAPÍTULO II

Apenas recogió Stevens su bolsa en la cabina, Laura Baxter apagó la linterna. La luna, con su fulgor, plateaba en resalte los contornos de los acantilados, la ladera y la playa.

A escasa distancia se veían ambos claramente, y Stevens comentó:

—No quiero dejarla sola sin que antes comprobemos que ninguna otra cabina pueda estar conteniendo algún sádico selenita. La luna tiene esta noche un brillo homicida, ¿no le parece?

Rió ella nerviosamente, acompañando a Stevens, que desfilando ante las cabinas iba empujando las puertas. Ninguna cedía.

—¿Dónde pensaba alojarse esta noche, Stevens?

—Lo bonito de mis proyectos es que nunca los hago. Nunca planeo nada anticipadamente. A veces duermo en un hotel, otras en algún establo, y siempre llevo mi lecho portable. Neumático. El máximo de confort en el mínimo de espacio.

—No querrá hacerme creer que vive como un vagabundo.

—No lo soy por temperamento, sino por profesión. Quedan sólo aquellas cinco cabinas del otro extremo.

Se dirigieron hacia ellas. También estaban cerradas. Indicó ella:

—Su registro no me ha tranquilizado. De haber alguien escondido, pudo cerrar por dentro, con el pestillo.

—Fíjese que no tienen pestillo interior, sino simplemente llave. Y las llaves las guardará el encargado, allá en su pueblo.

—Prefiero no quedarme aquí a solas. Casi me ha convencido con sus alusiones a sádicos de todas las categorías. ¿Quiere acompañarme al chalet?

—Encantado.

Dedujo Stevens que Donovan, aprovechando los minutos en que él hablaba con la pelirroja, había contorneado la caseta, huyendo ladera arriba. Era la única explicación lógica. Y lo inexplicable era

que Donovan no se atrevía a enfrentarse con Laura Baxter, ni siquiera ante un testigo imparcial, de indiferente neutralidad.

Se ajustaba la correa al hombro, cuando se encogió agazapándose instintivamente, aunque había perdido de vista a la pelirroja.

Pero el disparo que acababa de retumbar no era de revólver, sino de rifle.

Y procedía de nuevo de lo alto de la loma, de la casa del torreón.

Laura Baxter señaló con trémula mano hacia el chalet y echó a correr.

Físicamente estaba bien entrenada, meditó Stevens, siguiéndola por entre la arboleda. Corría ella ágilmente, pero a medio camino la pendiente la obligó a detenerse, apoyando la diestra en un costado.

En aquél paraje hoscoso, la penumbra era total.

Se oía el lejano rumor de los coches circulando por la carretera al otro lado de la loma.

—De noche... no puede ser un cazador furtivo —jadeó ella.

—Los hay nictálopes, que cazan un mosquito en un túnel. Tienen el don de ver mejor de noche que de día.

Reemprendió ella la marcha, apresuradamente, sin correr. Poco después, el sendero se ensanchó en terraplén florido, y quedó visible la blancura del chalet de dos plantas, rematadas por el torreón.

Encendiendo la linterna, la proyectó ella hacia la arcada, en cuyo pórtico central aparecía abierta la puerta, boqueando sobre la completa oscuridad del interior.

Frank Stevens, haciendo oscilar el puño de su bastón, escrutaba les alrededores. Todo daba una sensación de absoluta soledad.

Laura Baxter en el pórtico, siguió proyectando el haz: de luz, hasta que avanzando la zurda, palpó a un lado de la puerta, por dentro. Restallaron las luces, sucesivamente, iluminando la arcada, el pórtico, la planta baja y el amplio vestíbulo.

Un vestíbulo en dos planos, amueblados con rústica elegancia. Tresillo, bar, mesitas de juego, sillones confortables, cuadros de buen gusto..., fue apreciando Stevens en rápida valoración.

—Bruce —llamó ella suavemente, con tono mimoso.

Recordó Stevens que cuando quería propinarle un puntapié a un

gato maullador, también lo llamaba así de cariñosamente.

Laura Baxter se dirigió a las escaleras laterales, y pulsó otros interruptores. Se iluminó el rellano superior.

—Bruce —y elevó ella la voz.

El silencio se prolongó. Laura Baxter empujó una puerta que daba acceso a un comedor. Pasó a abrir la puerta siguiente. Una cocina ultramoderna, cuyo dintel al fondo, daba salida a un patio posterior. Esta puerta se hallaba abierta de par en par.

A espaldas de la pelirroja, Stevens, que había dejado su bolsa en el suelo, señaló con el puño del bastón hacia la salida.

—Tendrá que despedir a la cocinera. Por falta de aseo.

—No hay servidumbre en esta época del año. Sólo viene un jardinero, una vez por semana, y hoy no era su día de trabajo. ¿Por qué dice usted que...?

Miró ella el punto que señalaba el bastón y respingó, avanzando con pasos nerviosos. En el suelo, comunicando con el patio, se extendía una mancha rojiza, brillante y viscosa.

Otra mancha semejante moteaba la piedra del suelo exterior, hacia la izquierda. La luz, recién encendida, daba fulgores siniestros a la sucesión de manchas rojas, que se detenían en la esquina, precisamente, a centímetros del sitio donde estaban impresas las huellas de unos neumáticos.

—¡Mi coche! —exclamó ella—. Estaba aquí. Se lo han llevado —y señalaba la alameda que remontaba en suave curva el resto de la loma, para perderse al otro lado, en la carretera general.

Permaneció ella unos instantes al acecho, mirando en torno, con evidente inquietud creciente. Dijo por fin:

—Estoy totalmente confundida. Pero... estas manchas pueden ser de pintura.

—A estas horas, las condiciones no son las mejores para pintar, y si es con brocha gorda, ¿dónde está el bote, quién pintó y qué sitio vemos pintado?

Iba ella asintiendo, dando la razón a Stevens, que prosiguió:

—No quiero añadir más confusión a la ya existente, Laura, pero me temo que estas manchas son de lo que parecen: Sangre. Y la persona que la vertió, la distribuyó generosamente, mientras se dirigía o le arrastraban, hacia el coche. Le dispararon cuando se asomaba por la puerta de la cocina, mirando hacia este patio.

Laura Baxter contemplaba como fascinada las manchas brillantes.

—¿Cree usted, entonces, que es sangre? —musitó.

—Los detectives, que son gente endurecida y estoica, tienen un modo infalible de comprobar la diferencia entre un barniz y el jugo vital de nuestras venas. Hincan el dedo y chupan. Yo, francamente, me confieso incapaz de hacerlo.

Dando unos pasos, Laura Baxter se inclinó de pronto, rozó con la yema del índice una de las manchas y aproximó el dedo a sus labios.

—Sabor a hierro y sal, definía la Fisiología elemental —comentó Stevens.

Asomó ella con visible repugnancia la punta de la lengua y cerró los ojos mientras comprobaba el sabor.

Corrió hacia la cocina para frotarse enérgicamente la boca bajo el chorro del grifo. Yendo a la nevera, sacó una jarra de jugo de frutas, bebiendo directamente.

Sus labios seguían pletóricos de carmín natural, observó Stevens, adosado a un lado de la puerta que comunicaba la cocina con el vestíbulo.

Al pasar delante de él, murmuró la pelirroja:

—Es sangre.

Más que sentarse, se desplomó en un sillón, junto a la mesita sobre la cual había un teléfono. Cubriéndose el rostro con las manos, permaneció así unos instantes.

Stevens vino a sentarse frente a ella, reclinando la silla contra la pared. Y apoyadas las dos manos en el puño del bastón que se cimbrea en contacto con la alfombra, manifestó:

—No conduce a nada apurarse mucho, Laura. Los hechos concretos son tres: Oímos un disparo, acabamos de ver manchas de sangre y su coche ha desaparecido. Saque las deducciones posibles, ya que conoce usted a las personas que estaban en su chalet.

—Mi marido, Bruce Donovan; pero...

Se interrumpió ella, apartando las manos del rostro y mirando fijamente a Stevens, añadió:

—De todos modos, usted ha sido testigo... Prefiero explicarle lo que sucedió antes de que yo bajase a la playa. Mi marido estaba diciéndome que había oído pasos. Según él, pasos que subían esta

escalera. Nos hallábamos entonces en el comedor. Se asomó a mirar, y de pronto gritó un nombre, con temor, casi con pánico. Miraba hacia aquel rellano.

Y señaló el pasillo de la planta alta.

—Bruce hizo algo inesperado. Echó a correr, abandonando la casa. Fue inútil que yo le llamase. Yo no había visto a nadie en el rellano. Bruce bajaba hacia la playa, corriendo como un hombre enloquecido. Entonces oí un disparo. Procedía del torreón. Me quedé inmóvil, totalmente incapaz de ninguna reacción.

«Esta preciosidad tiene inteligencia. Inventa con talento», meditó Stevens.

—Cuando resonó el segundo disparo, hice algo que ahora me sorprende. Corrí escaleras arriba... Para subir al torreón hay una escalera de caracol. Confieso que en el rellano me detuve, experimentando nuevamente miedo. Luego me decidí. Siempre recordaré esta escalera de caracol.

«Convencería al más escéptico —se dijo Stevens—. Lo cuenta tan sinceramente, que parece la pura verdad».

—En el torreón no había nadie. Encontré un rifle apoyado junto a la ventana que mira hacia la playa. Lo cogí maquinalmente, asomándome a mirar, para llamar a Bruce, pero ya no se le veía. Bajé con el rifle.

—Que tendrá, entonces, sus huellas digitales.

—Comprendo que lo que voy a decirle me hará sospechosa. Pero le juro que fue también maquinalmente. Lo cierto es que en mi mente turbada, el subconsciente me hizo cometer una acción extraña; mientras bajaba las escaleras limpiaba meticulosamente con mi pañuelo el gatillo, la culata, todo lo que brillaba.

—El subconsciente es un inquilino muy extraño, hay que reconocerlo —afirmó Stevens seriamente.

—Al llegar aquí, dejé el rifle, no sé dónde.

—Allí —ayudó Stevens señalando con la barbilla una de las tres mesitas de juego.

Sobre el tapete verde, un rifle aparecía en diagonal yacente.

—Después bajó a la playa, y le encontré a usted. Pensé que Bruce se habría escondido en una de las casetas. Lo increíble es que Bruce demostrase aquel miedo tan abyecto. Huyó dejándome sola. Y si sabía que rondaba por la casa un hombre decidido a matar, fue

una cobardía salir corriendo y dejarme a merced de un asesino.

—Debió pensar solamente que el del rifle le encañonaba a él, y no a usted. Lo curioso es que si usted oyó los disparos procediendo del torreón y subió allá, ¿cómo pudo volatilizarse el tirador?

—Al otro lado del torreón hay una salida que comunica con una escalerita de incendios. Por allí debió bajar King.

—¿King?

—Éste es el nombre que chilló repetidamente mi marido al emprender su fuga.

—¿Y quién es King?

—No conozco a ningún King —y volvió ella a cubrirse el rostro con las manos.

La verdadera imagen de una viuda desconsolada. Y según lo poco que dijo Bruce Donovan, podía ahora Stevens formular una hipótesis. Existía, en efecto, un King Colbert interesado en matarle, pero en complicidad con Laura Baxter.

No era lógico que una mujer sola en aquel paraje desierto, oyendo disparos y viendo fugarse a su marido atemorizado, tuviera el valor de subir al torreón desde el cual un presunto asesino actuaba.

Lo más presumible era que ella estuviese al lado de King mientras éste fallaba los dos primeros balazos, y entonces decidió ella ir en busca del fugitivo.

Bruce Donovan remontó la ladera, pensando huir en el coche, y entonces King acertó de lleno el tercer balazo.

—Dígame algo, ayúdeme, por favor —suplicó Laura Baxter.

—Vamos a suponer que su marido regresó aquí y el tal King, aguardándole en el patio, le disparara. Las manchas de sangre indican que el herido llegó hasta el coche, por sus medios, o transportado. Y el desconocido King se marchó con el coche, llevándose a Bruce malherido o muerto.

—Esto es lo que... me temo haya sucedido. ¿Qué debo hacer?

Con el mentón señaló Stevens el teléfono.

—Llamar a la policía. Eso es lo normal en estos casos.

—¡No, no! —Silabeó ella, con vehemencia—. No quiero que... —Y trancando sus negativas, emitió algo muy semejante a un sollozo.

Frank Stevens dejó de mecerse y alzando el bastón se tocó el

pecho con el puño de ébano.

—Yo soy partidario de la máxima libertad personal. Nada de convencionalismos gregarios. Pero, caray, existen convencionalismos sensatos y obligatorios, Laura. En un caso como éste, hay que permitir que la policía justifique los honorarios que percibe. Y mientras no se invente algo mejor, la policía es la más apropiada para resolver estos enigmas.

Alargó ella la mano hacia su bolso, y Stevens calculó que a dos pasos de distancia, el puño de su bastón podía replicar con eficacia sobre la muñeca femenina.

Extrajo ella una pitillera de platino y la abrió, presentándola. Denegó él:

—No fumo desde hace unas semanas. Rabio por echar humo, pero me aguanto. Tuve un asomo de bronquitis tabacalera y las toses matinales me ponían la cabeza como un bombo.

Encendió ella con ademanes febriles. Y al exhalar la primera bocanada, manifestó serenamente:

—Su presencia es como un sedante para mí, Stevens. Ignoro el motivo, pero me inspira usted confianza.

—Lo celebro y me agrada ser un elemento apaciguador. Pero subsiste mi firme teoría de que debe usted agarrar el teléfono y llamar al ínclito Cuerpo de sabuesos.

—Le expondré por qué no quiero llamar a la policía. Conocí a Bruce Donovan en París, hace exactamente tres semanas. Congeniamos rápidamente, y regresamos a Los Ángeles. Hoy, precisamente esta misma mañana, nos casamos.

Stevens iba asintiendo. Por lo menos contemplarla era agradable.

—Decidimos venir a pasar unos días aquí. Mañana habrían venido una cocinera y una doncella. Pero hoy queríamos estar completamente a solas.

«Para poderle escabechar tranquilamente», asintió Stevens.

—Llegamos hacia las cinco de la tarde. En el comedor, Bruce me estaba diciendo que había llegado el momento de explicarme algo grave, relacionado con él. En realidad, poco conozco del pasado de Bruce.

—Fue, entonces, el flechazo.

—En efecto. Lo único que sé de Bruce es que acudía con

frecuencia a la Embajada nuestra en París y me dijo que era un agregado técnico en la sección comercial de la Embajada. Tenía fortuna propia, como pude comprobar.

—¿Qué clase de comprobación?

—La normal. Conseguir de su Banco detalles sobre su cuenta. Pagué los servicios de un detective parisienese.

—Esta actitud prudente no encaja con el flechazo.

—Debo aclararle que soy huérfana. No tengo más familia que mi tío Clifton. Heredé una fortuna bastante importante.

—¡Ah, ya! Temiendo siempre a los cazadotes. Es la pejuguera de las pobrecitas nenas forradas de moneda.

—A veces emplea usted términos vulgarísimos... Bien, sí; decidí comprobar que Bruce no venía atraído solamente por mi dinero.

—Todo lo cual no explica su reticencia en llamar a la policía.

—Estuve ya casada. Mi primer marido, Roland Anderson, murió trágicamente... La policía me hostigó mucho y la Prensa hizo comentarios muy desagradables. Desde entonces, tengo un verdadero complejo contra la policía. La sola mención me enferma, me desquicia los nervios.

—Voy comprendiendo. No quiere usted que nuevamente la Prensa forme escándalo. Bien, entonces, ¿qué decide? Porque algo tendrá que hacer, ¿no?

—Quisiera consultar a mi tío Clifton. Es abogado.

—Excelente asesor.

—Quiero hacerle un ruego. Llamaré a Bench Borne, el poblado vecino, para que envíen un coche, y me acompañará usted a Los Ángeles, para que corrobore lo que tengo que decirle a mi tío.

—No tengo el menor inconveniente.

—Iré a recoger mis cosas. Cuestión de minutos.

Subió ella las escaleras, desapareciendo en una habitación.

Stevens extrajo de su bolsa un bloc de dibujo y un carboncillo. El bloc contenía ya algunos esbozos. Giró hojas hasta encontrar una intacta.

Con rápidos trazos bosquejó el semblante de Bruce Donovan.

En la hoja siguiente fue plasmando los rasgos de Laura Baxter.

En una de las ventanas laterales del vestíbulo, casi enfrente de donde estaba sentado Stevens, algo fue silueteándose desde fuera, tras el marco encristalado.

Una faz horrorosa, dilatada la ancha boca en sonrisa sardónica.

Era un semblante estremecedor, escalofriante, de pequeños ojos redondos dotados de un intenso brillo rojizo, cejas sesgadas hacia las sienas. Una masa informe ocupaba el lugar de la nariz.

La piel de aquel rostro de pesadilla era blancuzca, tachonada de manchas grisáceas, como la tez de un leproso. Los labios, muy gruesos y escarlatas, ostentaban una perversa sonrisa, en mueca permanente, estática, sobre la puntiaguda barbilla.

Un denso cabello negro caía en mechones en torno al espeluznante rostro.

Frank Stevens, terminado el bosquejo de Laura, escribió en lo alto de la hoja lo siguiente:

«King Colbert».

Y trazó un interrogante. Alzó la vista meditando en el enlame que...

Vio la atroz figura contemplándole tras el cristal.

Pese a su condición varonil, Frank Stevens, saltando en pie, como un resorte disparado, lanzó un grito agudísimo.

CAPÍTULO III

—La prodigiosa maravilla del organismo humano es un eterno motivo de pasmo admirativo, una portentosa obra de arte que nunca cesará de causar asombro —iba diciendo el doctor King Colbert, en pie junto a la mesa operatoria del quirófano.

En el anfiteatro se hallaban numerosos estudiantes de Medicina, que tenían el privilegio de poder asistir a las clases prácticas que dos veces por semana daba el doctor Colbert, en el quirófano de la Morgue, de Los Ángeles.

—Las fibras más sutiles se estructuran en complejísima madeja, surcando con una precisión inigualable la anatomía humana —prosiguió exponiendo el doctor Colbert—. Han podido ya apreciar la indiscutible exactitud con la cual el más minúsculo ligamento cumple una función esencial. Y todo conectado entre sí con impecable perfección, como digno de la obra del más sublime orfebre.

Y el bisturí del cirujano trazó una rápida incisión en la caja torácica del cuerpo extendido sobre la fría mesa. Bajo el poderoso foco, las manos enguantadas del doctor Colbert se movían con ágil maestría, seccionando, colocando grapas, entreabriendo y volviendo a seccionar.

—Caray —murmuró Ben Harris al oído de su colega—. Este tipo es el clásico carnicero sentimental.

El sargento detective, Nat Trevor, sonrió con cierto asco, apartando la vista de la mesa.

Los estudiantes y algunos internos seguían con sumo interés las evoluciones de las manos del doctor Colbert, así como sus explicaciones.

Harris dio un codazo a su colega, susurrándole:

—Podemos esperarle fuera, ¿no?

Asintió Trevor. Estaban en el banco más alto y la puerta de

salida se hallaba cerca. Pisaron quedamente, saliendo al corredor.

El sargento Harris, abanicándose con el sombrero, masculló:

—Si sigo viéndole descuartizar, creo que me mareo como una damisela. Me consta que nunca hubiese podido ser cirujano. Eso de corta, zaja, pincha y hunde los codos en la sangre, me horripila, y no soy ningún sensibilero.

Nat Trevor miró divertido el rostro brutal de Harris. Dijo:

—Todo es cuestión de costumbre, aunque estoy de acuerdo contigo. Pero, total, el que estaba en la mesa era un cadáver insensible.

—Eso mismo ya me parece una canallada. ¿A qué menos puede aspirar un muerto, sino a que le dejen en paz?

—Unos hacen donación de su cuerpo, otros son fiambres que nadie reclama —expuso Trevor mientras bajaban las escaleras, dirigiéndose al despacho de Colbert—. Tú mismo fuiste el que, sabedor de que el matasanos estaba funcionando, quisiste verle en acción, Ben.

—Y ahora me voy a tomar un café para remontarme el estómago, ¿vienes?

—Voy a aguardar al doctor en su despacho.

—Prefiero esperarte en el café de la esquina. Es muy tuyo el caso de King Colbert.

Se alejó Harris hacia la salida, mientras Trevor empujaba la puerta en cuyo cristal unas letras plateadas anunciaban:

KING COLBERT, M. C. S.

Sabía ya por sus frecuentes visitas a la Morgue, que ciertos cirujanos tenían un turno especial, llamado bisección Práctica, y disponían de un despacho en el que conservaban sus ficheros de intervenciones.

Sentándose en una esquina de la mesa, Nat Trevor resumió mentalmente el «caso Colbert». Unos meses antes había llegado una carta a la Segunda Brigada Especial, de que formaba parte Trevor.

«Personas desaparecidas», era la exacta calificación de su departamento, dependiente de la Brigada de homicidios.

Las cartas llegaban en profusión. Muchas, obra de maniáticos imaginativos, y algunas dignas de atención, aunque fueran anónimas. Pero quienes estaban realmente interesados en averiguar

el paradero de alguien desaparecido acudían en persona.

Aquella carta anónima era muy breve y la recordaba Trevor de memoria. Escrita con letra imitando las mayúsculas de imprenta:

«SIGUE SIN HALLARSE EL CUERPO DE DAFNE COLBERT Y NUNCA LO ENCONTRARAN, PORQUE UN ESPECIALISTA COMO KING COLBERT TIENE MUCHOS MEDIOS PARA DESEMBARAZARSE DE UN CADÁVER».

King Colbert fue interrogado a raíz de la desaparición de su hermana Dafne. Emitió varias teorías: Su hermana era una excéntrica, por no decir una desequilibrada. Pudo desear llamar la atención. Segunda teoría; era reconocida su afición a tratar con gente extravagante de toda índole. Pudo ser víctima de alguien sin escrúpulos. Siempre iba cubierta de joyas y tenía grandes cantidades de dinero en su piso.

La última teoría que expuso Colbert fue la más chocante para Trevor: Hacía tiempo que no sabía nada de su hermano, ni quería. Y debían descartar los «caballeros de la policía» la idea de que él hubiera asesinado a Dafne. No por falta de deseos, añadió, sino por exceso de inteligencia práctica; no iba a arruinar su vida por darse el gusto de cometer un fratricidio.

¿Tanto la odiaba?, había preguntado Trevor. La respuesta le había parecido cínica; no era odio, sino asco, infinita repugnancia, manifestó Colbert.

Desde entonces, el doctor Colbert no gozó de la simpatía del sargento Trevor, que le consideró un cínico amoral. Eso de reconocer que rebosaba de deseos de matar a su propia hermana...

Se puso en pie, porque entraba King Colbert. Alto, flaco, cabello negro estriado de gris en larga melena, era un hombre considerado muy atractivo por muchas mujeres.

A Trevor le recordaba al actor Raymond Massey.

—Buenas noches, doctor. Espero no le molestará mi intrusión.

King Colbert había dejado su bata y los guantes de goma en el vestuario adjunto al quirófano. Vestía un traje gris de excelente corte, camisa a la medida y una corbata tan exclusiva de diseño como sus zapatos negros de dónbola.

Se sentó tras la mesa, extrajo de un archivo una carpeta, y desenroscando su «Sheaffer», fue escribiendo con letra amplia;

nerviosa. Tenía manos de artista. Y voz de bajo.

—Creí que tardaría en volver a verle, sargento Trevor. Permita que termine la anotación reglamentaria. Puede fumar si lo desea.

Gran señor, condescendiente y muy dueño de sí, meditó Trevor, mientras se sentaba y encendía un cigarrillo. El doctor acabó de escribir, cerró la carpeta y encapuchando su pluma, posó sus grandes ojos algo saltones, de un gris penetrante, en el macizo semblante del sargento.

—No me diga que viene a darme la mala noticia de que ha reaparecido Dafne.

—Su hermana sigue perdida en el más profundo anonimato por ahora, doctor. Pero hoy recibí un mensaje personal. Iba dirigido a mi nombre y no a la Brigada. El mensaje llegó a mi poder a las siete y cuarto. Lo trajo un *Messenger boy*, que lo recogió de los buzones especiales, donde se echa la carta con un billete de Banco.

—Un sistema perfecto para que nadie sepa quién remite —dijo Colbert.

—Exacto. Mi visita es puramente personal. Es decir, es usted muy libre de no contestar a mis preguntas.

La risa de King Colbert era muy peculiar. Se dilataban sus gruesos labios, en rictus, y emitía un ronco rumor, pero la manifestación riente no ascendía a sus fríos ojos.

—Me causa usted gracia, sargento. No presumo de psicólogo, pero no creo equivocarme al suponer que le soy antipático. No hace falta que lo niegue o lo afirme. Tiene usted un rostro expresivo, de ser natural, sin complejos y de llana franqueza.

—¿Y esto le produce hilaridad? —indagó Trevor, amoscado.

—Le envidio, créame. Yo, desgraciadamente, perdí mi naturalidad hace años. Me he reído, porque dada la escasez de elementos como usted, por un instante tuve el extraordinario pensamiento de que me era usted simpático, y sentir simpatía hacia un ser humano es un síntoma de debilidad patológica. Decía usted que había recibido un mensaje y que yo quedaba en libertad de contestar o no a sus preguntas. ¿Oyó hablar de un tal Oscar Wilde?

—Mi cultura es elemental, doc —sonrió Trevor—; pero si no me falla lo poco que sé, el tal Oscar era un poeta afeminado.

—Le redimía su gran talento. Decía Wilde que nunca eran las preguntas las indirectas, sino las respuestas. Dispare, sargento.

—Cuando se cumpla un año de la desaparición de Dafne Colbert, ¿quién administrará su cuantiosa fortuna?

—Supongo que yo. A menos que ella hiciese un testamento en contra. Lo dudo, porque le tenía un miedo atroz a los testamentos. Decía que traen mala suerte.

—Siempre habla en pasado de su hermana.

—Porque dejé de tratarla hace tiempo, y para mí es como si estuviera difunta. Ya tiene un móvil, en el caso de que aparezcan los restos de Dafne. Yo, el heredero.

—Posee usted fortuna propia y copiosa.

—Me encanta su ingenuidad. Ignora usted por lo visto, que el que posee mil quiere diez mil, y así sucesivamente. Los multimillonarios mantienen una batalla constante, agotadora, para aumentar sus millones.

Nat Trevor contempló el cenicero mientras aplastaba la colilla.

—Doctor, ¿usted conoce a una tal Laura Baxter?

—Laura..., Baxter. Me suena, pero no la conozco. Debí leer algo sobre ella.

—El año pasado, en el mes de octubre, el marido de Laura Baxter, Roland Anderson murió trágicamente. Despeñado. Su coche se incendió en el litoral al sur, exactamente en el lugar llamado Hoyo Solitario.

—Ya recuerdo. Leí todo el asunto en la Prensa, que formó bastante alboroto, por cierto.

—Usted conocía a Roland Anderson.

—Sí.

—¿Y no conoce a Laura Baxter?

—Por entonces, ella se llamaba señora de Anderson; y perdóneme si le parezco infatuado, pero al cabo del día son muchos los nombres femeninos que he barajado. Consultas, curiosas, histéricas y demás féminas.

—Entonces, declara no haber tratado nunca personalmente a Laura Baxter.

—Un momento, un momento. No declaro, sino que comento. ¿O acaso esto es un interrogatorio en toda regla?

—Forma parte de mi investigación. La muerte de Anderson suscitó ciertos comentarios, pero luego quedó archivado como «accidente». Ahora bien, alguien debe odiarle mucho, doctor.

—Hasta los santos suscitan odio, conque figúrese un mísero pecador como yo —sonrió con los labios únicamente King Colbert.

—Concretamente, doctor; esta tarde, entre cuatro y siete, ¿dónde se hallaba usted?

—Veamos, veamos. Aquí cabe la indiscreción, según mi respuesta. A las siete en punto me hallaba en el quirófano. A las cuatro paladeaba cierta combinación exquisita en el Crown. Una media hora después salí en compañía de una dama. Socialmente hablando, es toda una dama. Por ahora, deseo que siga siéndolo. A menos que jurídicamente me vea obligado a revelar su identidad.

Nat Trevor extrajo su cartera y rebuscó en ella, hasta sacar un sobre doblado. Papel muy delgado, de la misma calidad que la hojita que desdobló, colocándola ante el médico.

—Ni el sobre ni la carta tienen huellas, doctor.

Miró Colbert las líneas escritas con mayúsculas perfectas en su trazo exacto y seguro. Arqueada una ceja, fue leyendo en voz alta:

«EXISTE UNA ESTRECHA RELACIÓN ENTRE LA MUERTE DE DAFNE COLBERT Y LOS SUCESOS DE ESTA TARDE EN HOYO SOLITARIO, ACONTECIDOS ENTRE CUATRO Y SEIS EN EL CHALET DE LAURA BAXTER. PRONTO INFORMARE CON PRUEBAS SOBRE LOS ASESINATOS DE ROLAND ANDERSON, DAFNE COLBERT Y BRUCE DONOVAN, QUE ACOMPAÑABA ESTA TARDE A LA VIUDA ANDERSON».

Empujando con gesto despectivo el papel, comentó Colbert:

—Aquí sí que no le envidio. Con tanta porquería anónima, no sé cómo no se vuelven locos ustedes o se despistan por laberintos.

—Eso procuramos. Abrirnos paso por laberintos. Con esta misma letra mayúscula tengo encarpetao otro mensaje, en que directamente se le alude como autor de no sólo de la muerte de su hermana, sino también de la desaparición técnica del cuerpo.

—¡Dejemos a las imaginaciones venenosas el distraerse con acusaciones anónimas! Pero a usted, un técnico también en su profesión, no se le habrá escapado un hecho evidente; quien posee pruebas ciertas no tiene que recurrir a anónimos.

—¿Conoce usted a Bruce Donovan?

—Sí. Bastante. Digamos que fue rival mío en varias ocasiones.

Cuestión de faldas. Nada importante.

—¿Le ha visto recientemente?

—No. La última vez que le vi hará cosa de tres meses, nos limitamos a ondear la mano. ¿Ha muerto?

Levantándose, puntualizó Trevor:

—Ésta ha sido una visita de pura rutina, particular y sin carácter oficial. Pero según se desarrollen los acontecimientos, doctor, lamentándolo mucho por la dama que le acompañó esta tarde entre cuatro y seis, tendrá usted que ser más explícito, ¿comprende?

—Llegado el caso, así lo haré, sargento. Pero para evitarle pérdidas de tiempo y extravíos, le doy mi palabra de que nada tengo que ver con las incidencias que les sucedieron o les puedan suceder a las tres personas citadas en el anónimo. Mis instintos homicidas, latentes como en todo ser humano, siguen por ahora bien encadenados.

—Buenas noches, doctor —y ya en la puerta, se volvió Trevor para añadir—: Respecto a su pregunta de si ha muerto Bruce Donovan, lo ignoro por ahora. Dos agentes se hallan investigando en Hoyo Solitario.

CAPÍTULO IV

Frank Stevens, pasada la primera impresión indomitable, se abalanzó hacia la ventana.

La horrorosa faz sonriente desapareció con escorzo repentino, como si fuera una cabeza sin continuidad, una cabeza flotante...

Tanteó Stevens hasta encontrar los dos huecos metálicos que servían para levantar la cristalera, del tipo guillotina. La alzó, mirando hacia la izquierda, adelantando el bastón en zigzag defensivo en el aire. Más allá del halo de luminosidad creado por las luces del interior, la penumbra era densa, quieta, sin movimiento.

Ajustada la ventana, saltó fuera Stevens. Era ya una cuestión de amor propio la de imponerse a su reciente miedo. Un miedo debido a la sorpresa, que cogiéndole desprevenido le hizo lanzar, aquel grito vergonzoso; trataba de justificarse, mientras avanzaba con larga zancada.

Fue dando así la vuelta a la casa. Todo en torno seguía sin revelar ninguna presencia. Puso cuidado en no pisar las manchas sangrientas.

Al cruzar el pórtico, vio a Laura Baxter en pie en el centro del vestíbulo.

—Me pareció oír un grito agudo, algo como un alarido —dijo ella.

Sin contestar, Frank Stevens se dirigió a la cocina. El jarro de jugo de frutas seguía en su sitio. Bebió largo rato, y ya normalizado su espíritu, regresó al comedor.

Sonrió con cierto azoramiento.

—Escuche, Laura. Usted habrá oído decir que cada sujeto tiene varias personalidades. alguna de ellas no podemos dominarla. El que pegó el alarido fui yo.

Redondeó ella los ojos, asombrada.

—¡Si parecía un alarido de inmenso terror!

—Parecería lo que era. Yo no puedo ser juez de cómo suena mi voz en un caso semejante. Debí tener una alucinación. Usted sabe que a veces nos apretamos los párpados, y vemos rostros borrosos, escalofriantes.

Señaló ella hacia el suelo, junto a la silla que poco antes había abandonado Stevens precipitadamente.

—Los artistas suelen ser muy sensitivos y propensos a alucinaciones. La libreta de dibujo quedó abierta por una hoja. Me está usted resultando sumamente misterioso, señor Frank Stevens.

Acercándose, recogió Stevens el bloc de dibujo, que al caer había quedado abierto en la hoja que contenía el bosquejo de Bruce Donovan.

—Bajé las escaleras —exponía ella—. No le vi y cada vez sentía mayores deseos de irme de aquí lo antes posible. Telefoneé pidiendo un coche. Tardará apenas cinco minutos. Francamente, señor Stevens, añade usted un nuevo elemento de intriga a mi actual estado de confusión.

—Es infantil que trate de explicarle que en aquella maldita ventana...

Le interrumpió ella apuntando con el índice la libreta que él estaba hundiendo en la bolsa.

—En la playa, me dijo usted no haber visto a nadie. Sin embargo, ha plasmado con gran parecido los rasgos faciales de Bruce. No me dijo que le conocía.

—Y no le conozco.

De pronto dominó Stevens un leve respingo, porque su mano al hundir la libreta en su bolsa, tropezaba con algo cuya existencia ignoraba. Tanteó los contornos de un recuadro crujiente, algo como una tela apergaminada.

—Si no conoce a Bruce, ¿cómo pudo dibujarlo?

—Bien, bien, usted gana —refunfuñó Stevens, atrayendo el objeto desconocido—. Vi por vez primera a su marido en la playa.

El objeto era un sobre de recio papel pergamino. Lo empujó de nuevo hacia el fondo.

—Escuche, Laura... Son muchos los problemas que en poco tiempo se me han echado encima, y no consigo poner en orden mis ideas. Tengo la sesera convertida en un colador.

El rumor de un coche iba acercándose. Se echó ella una chaqueta de piel sobre los hombros y recogió su maletín-necesser.

Un lujoso «Oldsmobile» vino a detenerse ante el pórtico y descendió un hombre con uniforme de garajista.

—Buenas noches. Tenga la bondad de firmar aquí, señora.

Tendía una libreta, en cuyo membrete leyó Stevens: «Drive Yourself. Bench Borne. Coches de alquiler, sin chofer».

Tras firmar, Laura Baxter fue apagando las luces. Fuera, cerró la puerta y cogió las llaves que le tendía el empleado. A la vez entregó ella unos billetes.

—Esto es para usted. La cuenta ya la saldaré cuando vuelva por aquí, posiblemente mañana.

—No hay la menor prisa, señora. El patrón la conoce.

—¿Quiere que le llevemos?

—Iré por un atajo. Gracias, señora. Buenas noches.

Se alejó el empleado, y Laura Baxter abrió la portezuela posterior dejando en el asiento su maletín. Stevens colocó la bolsa. Al ocupar ella el volante, encendió los faros, y sentándose a su lado, comentó Stevens:

—Insisto en que debe ir a la policía. Ahí tiene al patrón de este negocio de coches, que ya sabe que usted estaba en la casa.

—Bien, ¿y qué? De todo lo sucedido, sólo hemos sido testigos usted y yo.

Pisando el embrague, condujo ella con lentitud, girando, hasta remontar la alameda con progresiva velocidad.

Y apareció el extenso valle, con su miriada de luces, la carretera con sus haces luminosos barriendo velozmente el asfalto y en aquellos momentos le pareció a Stevens confortante la humana prisa.

Atrás quedaba la soledad, la quietud, la oscuridad y «la alucinación».

Penetró el «Oldsmobile» en el ramal de enlace con la autopista. Ella conducía expertamente, con la tranquila indolencia del conductor veterano.

—O sea que usted habló con Bruce —comentó ella.

—Le vi bajar a saltos y trompicones por la ladera. Llegó sin resuello, terriblemente asustado. Miraba hacia atrás como si le persiguieran mil demonios sueltos, y traté de calmarlo. Se escondió

en la caseta donde yo acababa de dejar mi saco de viaje. Lo único que dijo fue que un tal King quería matarle y que vendría con un rifle. Yo esperé al tal King, pero fue usted la que se presentó.

—¿Por qué, entonces, no me condujo directamente donde estaba Bruce?

—¡Caramba! Póngase en mi lugar. Aparece un hombre hecho una pura gelatina de miedo, con tembleques y sudorcillos, como si hubiera visto..., como si hubiera tenido la alucinación que a mí me puso histérico. Me dice que se llama Bruce Donovan, que no es ningún ladrón huyendo, y que un tal King trata de eliminarle. Y entonces llega usted, me mira con recelo, tantea puertas de cabinas, y en la que debía estar Bruce, no está. Luego, el disparo arriba... ¿Y para qué seguirlo? Me gustan los enigmas, pero éste, de momento, me tiene por completo aturullado.

Miró ella de soslayo a su acompañante. Y su voz se hizo insinuante:

—Exactamente, ¿qué hacía usted en la playa, Stevens?

—Deleitarme en la suposición de que me hallaba en un rincón solitario, respirando a pleno pulmón la sana vida del hombre ante la naturaleza.

—Pero usted no es un vagabundo. Tiene una profesión.

—He tenido varias profesiones. La última me seduce por ahora, es la de intentar pintar algo bueno. Por el momento, sólo consigo manchar telas, y soy mi único admirador y cliente. Las colecciono.

—Entonces, tiene un estudio.

—Por donde me asomo y encierro, cuando tras mucho caminar sin rumbo, creo haber hallado algo inspirador.

—¿Su estudio está en Los Ángeles?

—Sí.

—¿Y no sabía nada de mí? ¿No lee nunca la Prensa?

—Solamente las columnas de arte, deportes y crucigramas. Lo demás, guerras frías, politiquerías y sucesos; ni lo hojeo. Aspiro a ser el hombre feliz que en pleno agosto del 43 entró en un café y al oír a alguien hablar de la Guerra Mundial en curso, preguntó ingenua y sinceramente: «¿Qué guerra?».

—Es curioso, Stevens. A ratos me produce usted la impresión de ser un individuo original, despistado, alejado del mundo, y otras veces, tengo el presentimiento de que tras la fachada de

despreocupación, alienta un hombre muy distinto.

Rió ácidamente Stevens:

—No invente nuevos misterios. A mí me sobran con los pendientes.

Condujo ella largo tiempo en silencio. A su lado, Stevens se reclinó más para atrás, apoyando la nuca en el respaldo, y dejando caer sobre sus ojos la parte delantera del sombrero.

Reconstruía mentalmente. Bruce Donovan huye aparentemente de un tal King Colbert, pero la que aparece en el torreón, con el rifle, es Laura Baxter, cuyo primer marido falleció trágicamente.

Aparentemente, Bruce Donovan llega al chalet, y King le dispara, llevándoselo en el coche de Laura.

Laura, una mezcla desconcertante. Frialidad inquisitiva y tonos sinceros. Inquietud justificada. Pero oye disparos, y sube tranquilamente a verle la cara al asesino. Oye un «alarido de terror» y baja tranquilamente a llamar por teléfono un coche.

Contrajo Stevens la nariz, evocando la maldita faz aquélla tras el cristal. Ojos redondos, sanguinolentos, sonrisa de indescriptible malignidad, y... esfumándose en el aire, como una cabeza flotante.

Prefirió pensar en otra cosa, porque no podía comprender dónde encajaba en el rompecabezas aquella condenada carátula.

El sobre de pergamino en su saco. Tenía que ser Bruce Donovan que durante la espera en la cabina lo introdujo en su bolsa de viaje.

Se incorporó, colocándose el sombrero normalmente, y alargando un brazo, medio vuelto en el asiento, abrió la cremallera de la bolsa.

—Si quiere cigarrillos... —brindó ella—. Ah, me olvidaba que usted dejó de fumar.

Tanteando encontró el sobre. Lo contempló a la luz del cuadrante.

El papel era de color tabaco. Una letra, en perfecta redondilla, había escrito:

«Abrir en caso de muerte. *Bruce Donovan*».

Volvió rápidamente el sobre, porque ella bajaba la vista.

—¿Qué es?

—Una carta especial, que debió ser escrita hace algún tiempo, y debo abrir si se confirma determinado suceso.

—Considero infantil esta broma, Stevens —recreminó ella—. El que yo haya dicho que le encuentro raro, misterioso, no justifica esta broma de mal gusto. No soy mujer que exteriorice sus sentimientos, y tal vez porque no llore ni me desespere, puede usted creer que la desaparición de Bruce me tiene si cuidado.

Devolviendo el sobre cerrado a su sitio, corrió la cremallera, y sentándose cómodamente arguyó:

—Mil excusas, Laura. Me sirve de defensa la impecable verdad de que yo estaba paseando tranquilamente, y como dijo el salvador del naufragio, quisiera saber quién me ha empujado. Yo me encontré zambullido de cabeza en un mar de incidentes, y si estoy aquí es porque usted quiere que yo confirme sus declaraciones ante su pariente, el abogado Clifton.

—Comprendo... Pero ya, forzosamente, es usted un testigo.

—Ante la policía, conformes. Pero mientras lleve usted el asunto en plan casero, es decir, entre familia, me hago en cierto modo cómplice.

—¿De qué? —preguntó ella rápidamente.

—Pues... Bueno, déjeme respirar un poco. Un testigo normal, tras el tiroteo, la fuga, las manchas de sangre, el cadáver que falta, el asesino que no se ve, la careta que asoma y demás frivolidades, se forma un taco espantoso, pero hace lo normal; llama o acude a la policía. Usted no quiere saber nada de la policía, y ahí es donde me complico yo la existencia.

Un coche patrulla pasó velozmente adelantándose al «Oldsmobile».

—¿Ve? Ahora mismo, ya tengo escamas. Un coche patrulla como cualquier otro, que pasa tranquilamente, pero yo... ¡Epa, epa! —masculló Stevens.

El coche patrulla, disminuyendo la velocidad, entraba en la pista que recorría el «Oldsmobile» y un brazo uniformado asomaba, haciendo el ademán ondulatorio que ordenaba arrimarse a la pista del bordillo de velocidad no superior a cuarenta.

—¿Y ahora qué, hermana? —Silabeó Stevens.

—Será... Tiene que ser algo referente a este coche. Algún fallo de luces.

—Así sea —murmuró Stevens fervientemente.

Detuvo ella el coche, arrimándolo, tras de la patrulla. Un agente

pasó de largo, para colocarse atrás. Posiblemente para desviar a cualquier coche que se acercase, pensó Stevens.

En la ventanilla del volante se asomó el rostro mofletudo de un agente de tráfico.

—Buenas noches. Documentación, por favor.

Extrajo ella del bolso una carterita tendiéndola ya abierta. El agente examinó el permiso de conducir y devolvió la carterita. Entregó Stevens su portacarnet. Lo examinó más detenidamente el agente. Y guardándolo, comentó:

—Tenga la bondad de apearse, Frank Stevens. La señora puede continuar detrás de nosotros.

—Vaya, hombre —rezongó Stevens—. ¿Qué pasa conmigo?

—Nada grave que yo sepa, señor —dijo impasible el agente—. Me limito a cumplir órdenes. Baje, por favor.

Recogió Stevens su saco y su bastón. Miraba con elocuencia a Laura Baxter, que trémulos los labios, alzó los hombros en gesto de infinita lasitud.

Yendo hacia el coche patrulla, respingó Stevens, porque las manos del agente acababan de palparle rápidamente la cintura, los sobacos y los bolsillos posteriores y laterales.

—Vaya, vaya, ¿quién se figura que soy, hombre? ¿El Fincho de Chicago? —Gruñó Stevens, enojado.

El agente le señaló el asiento posterior del coche patrulla, sentándose él al lado del volante. El otro agente regresó para ocupar el sitio tras el volante, y preguntó:

—¿Andando, Fred?

Fred maniobró en el cuadrante, y sacó un micrófono. Sopló dos veces y recitó con tono de cantinela:

—Aquí coche WYX 17, comunicando. Cumplida la orden. Nos dirigimos al sitio indicado. Cierro.

Dejando el micrófono en su sitio, dijo:

—Andando, Jim —y sacó el brazo por la ventanilla, ondeándolo en vaivén hacia delante. Tras ellos, el «Oldsmobile» se puso en marcha.

Frank Stevens dejó de rascarse la sien y comentó:

—Ha sido de película, muchachos. ¿A qué viene esta maniobra?

—A nosotros que nos registren —contestó Fred, campechano—. Nos radian de Bench Borne, un pueblo cercano a Hoyo Solitario,

que detengamos un «Oldsmobile», cuya matrícula es la que luce el coche que nos sigue. La Segunda Brigada Especial de Los Ángeles radia luego que demos escolta a los ocupantes del «Olds», por separado. Y ya no sabemos mas. Tómelo con calma.

—Lo tomo con toda la calma que puedo, pero antes de meterme en el coche, me dio usted una soba eficaz y rápida. Y se ha quedado con mi saco de viaje y mi bastón.

—Tenemos que cachear, porque hay gente que, a veces, se pone nerviosa y es preferible evitar imprudencias.

—Comprendo que, desgraciadamente para usted, no podía cachear a la señora, pero suelen ser ellas las nerviosas e imprudentes.

El pulgar de Fred apuntó hacia atrás, por encima de su hombro.

—La señora se porta bien. Mire.

Ojeó Stevens por el cristal posterior. Al lado del volante empuñado por la pelirroja, iba un individuo, de rostro ancho y poco amable.

—¡Caramba! Este tercer funcionario, ¿cómo aterrizó? —Venía de Los Ángeles y pasó a nuestro coche. Es el sargento Ben Harris, de la Segunda Especial.

Frank Stevens guardó silencio hasta que el coche patrulla aparcó en el patio interior de un viejo edificio. Había contemplado el escudo a un lado del portalón de entrada, con el clásico globo de luz.

«Precinto Segundo. Brigada Especial».

—No espere por la señora —indicó el agente Fred—. Venga conmigo.

El «Oldsmobile» aparecía, cuando Stevens caminaba por un estrecho pasillo hasta llegar a una puerta en cuyo cristal decía:

SARGENTO NATHANIEL TREVOR

CAPÍTULO V

El sargento Trevor examinó en silencio a Stevens, mientras el agente Fred informaba:

—Paramos el «Oldsmobile» en la milla catorce. El sargento Harris pasó al coche reseñado. El ciudadano aquí presente —y dejó Fred el portacarnet de Stevens sobre la mesa—, no opuso ninguna resistencia. Demostró extrañeza, sin más.

—Gracias. Puede irse, compañero. Ya le dirá el sargento Harris lo que tiene que firmar, como siempre. Buenas noches.

Frank Stevens miró en torno. Vulgar, corriente y anodino. Podía ser el despacho de cualquier comerciante modesto.

Trevor señaló la silla frente a él.

—Instálese, señor... Frank Stevens. Soltero, treinta y cuatro años, nacido en Seattle, residente en Los Ángeles, de profesión... — Y miró repentinamente a Stevens que sentado, contemplaba el techo —. ¿Dónde puedo comprobar esta profesión que dice aquí?

—Academia de Hilbum, estado de Nevada. Criptoasiriólogo es una especialización que capacita para descifrar documentos y restos arqueológicos, más particularmente los de la civilización asiría.

—Ya... ¿Y dónde ejerce?

—Hace un par de años aproximadamente abandoné mi empleo en el Museo de Arte Antiguo de San Francisco. Actualmente mi domicilio está in Crescent, 113, ático. Tengo un estudio de pintor.

—Comprendo, comprendo —afirmó Trevor. Su expresión denotaba a las claras que como mínimo consideraba a Stevens un tipo extravagante, anormal.

—Posiblemente mi atuendo le inspire recelo, sargento, pero es el que me acomoda mejor para mis caminatas, en busca de inspiración o simplemente una solicitud propicia...

Atajó Trevor con un brusco ademán, como si aventara moscas.

—Pasemos al asunto. Cuando inicio un interrogatorio, ruego

siempre que no me mientan. Es perder el tiempo, y más en este caso, en que se aplicó la «desconexión».

—¿Desconexión? —repitió Stevens amablemente.

—Cuando dos personas son sospechosas de alguna actividad reciente poco clara, se las separa bruscamente para que no tengan tiempo de ponerse de acuerdo sobre lo que contarán en caso de una posible detención policial.

—Gracias. Ahora comprendo la maniobra del coche patrulla. ¿De qué cosa poco clara soy sospechoso?

—Conocerá una playa próxima a Bench Borne, llamada Hoyo Solitario actualmente deshabitada.

—Estuve allí al atardecer.

—¿Invitado por alguien?

—Por mi propia cuenta.

—Sin embargo, le vieron en un chalet propiedad de una señora. Su descripción coincide. Dos agentes míos iban hacia el chalet, y vieron surgir a un hombre del bosque de alrededor. Le interrogaron, y supieron que venía de entregar un «Oldsmobile» a la señora Laura Baxter, viuda de Anderson, que iba acompañada de un hombre que corresponde a su apariencia.

—Fácil identificación, porque mi desaliño choca en contraste con la elegante Laura.

—¿Muy íntima su amistad con la viuda Anderson?

—La conocí esta misma tarde por vez primera.

—Está usted sonriendo burlonamente. ¿Puede aclararme por qué?

—Eso de la viuda Anderson... Tal vez, doblemente viuda ahora. Escuche, sargento; me temo que si le explico lo sucedido, usted creerá que me hago el loco.

—Pruebe a ver. Le aviso que es un recurso muy gastado. Pero en este despacho se oyen muchas insensateces, que luego resultan lógicas. Explíquese a su modo.

—Me resulta casi imposible contarle coherentemente el asunto. La viuda Anderson vino a la playa rogándome la acompañase. Era ya casi oscuro, y no quería quedarse a solas en su chalet, mientras pedía un coche, y yo aguardé abajo, en el vestíbulo, sala de estar, bar, y demás. De pronto, tras el cristal de una ventana, se plasmó una repulsiva carátula.

—No tengo el diccionario a mano —masculó Trevor.

—En general, una carátula es una máscara griega que expresa los diversos estados de ánimo; alegría, furor, etcétera. Se emplean como símbolo teatral. El caso es que, como le estaba explicando, una carátula horrible, que estoy pensando trataré de reproducir en un lienzo, para ir borrando la impresión, a fuerza de acostumbrarme a verla... ¿Por dónde andaba yo...? Ah, sí; como le contaba, aquella carota me estaba mirando con ojos sangrientos y gruesa boca riente... Era como una cabeza flotante, como un globo... ¡Caramba, podía ser un globo! No había caído en ello. Un globo pintado.

Nat Trevor, mordiéndose el labio inferior, pegó un recio puñetazo en la mesa.

—Me revientan los intelectuales, amigo —manifestó en tono amenazador—. Usted opina, seguramente, que un policía ha de ser forzosamente un cacho de bruto al que se le engaña con un cuento de brujas...

Avanzando una mano, como para imponer silencio, asintió Stevens pensativo, comentando:

—Exacto, exacto. Ésta es la definición. Ni el más genial de los artistas podría plasmar una figura que reprodujera con tanto realismo salvaje a una bruja. Aquella faz rebosaba maldad infrahumana, y estoy pensando que de no ser un globo, forzosamente debía ser alguien vistiendo enteramente de negro, para producir la impresión de una cabeza cortada, separada del tronco, flotando...

Repitió Trevor el puñetazo. Su rostro expresó también un salvaje realismo.

—Como hay Dios, que el próximo puñetazo se lo aplico en la boca si sigue usted tomándose el pelo. Concretamente; uno de mis agentes telefoneó que en el patio posterior del chalet de la viuda Anderson halló mucha sangre humana, vertida recientemente. Y un rifle sobre una mesa de juego. Pudo entrar, porque había una ventana abierta.

—Precisamente la ventana que yo abrí cuando la bruja... Está bien, está bien. Quiero evitar que intente una violencia que sería deplorable para ambos. Por más policía que sea usted, le ruego no se le ocurra ponerme la mano encima.

—Encima, el «criptoasiriólogo» éste me resulta matón — soliloqueó Trevor, exasperado.

—Soy de natural apacible, pero no manso precisamente, y por ahora sólo consiento qué sean las mujeres las que me toquen la boca. Le cedo el uso de la palabra.

—La viuda Anderson fue al chalet con un individuo llamado Bruce Donovan y por lo visto...

Repicó el teléfono y lo cogió Trevor con violencia.

—¡Trevor, sí, escuchando!

En su oído resonó la voz gangosa del sargento Harris.

—La viuda Anderson exigió telefonar. No hay acusación concreta, Nat —y el tono se hizo casi implorante—. Tuve que dejarla. Dijo que no diría ni una sola palabra hasta telefonar.

—Bien, bien... Telefoneó, ¿y qué?

—Al abogado Clifton Baxter. Viene hacia acá, y ella persiste en que no dirá una sola palabra, si no es en presencia del abogado de ambos.

—¿De ambos? —Y destiló Trevor una mirada envenenada hacia Stevens, que le sonrió afablemente.

—Ella pidió por teléfono que el abogado Baxter se hiciera cargo de presentarte la demanda de cargos existentes contra ella y el que está contigo. Si no te importa meterte en líos, allá tú, pero lo mejor será actuar con discreción. Si quieres, intenta interrogar a la viuda Anderson. Te estoy llamando desde la centralilla. Ella está en mi despacho. ¿Quieres interrogarla mientras llega el abogado?

—Tráela aquí —y ahorquilló Trevor ruidosamente.

Contempló con aviesa expresión a Stevens, mentalmente, bosquejaba la siniestra figura de colores tan llamativamente definidores de la malignidad infinita, de la perversión más...

—¡Usted! —vociferó Trevor—. Se cree muy listo, ¿no?

—Bueno, puesto a pensar en ello, no me creo un idiota integral. Tengo mis majaderías como cualquier mortal, naturalmente. Nadie es por completo un zopenco o un tunante. Existen matices, circunstancias alteradoras de la personalidad. Usted mismo, a veces las dará todas en el clavo, y sin embargo, al día siguiente, cometerá alguna solemne burrada.

Trevor se pasó lentamente la mano abierta por el rostro. Tenía que serenarse.

La puerta se abrió, y entró Laura Baxter. El sargento Harris, desde el umbral, inquirió:

—¿Me quedo?

Denegó Trevor con la cabeza. La puerta se cerró, y Trevor miró con íntimo furor al que levantándose, señalaba su silla. Como si estuviera en una sala de recepciones, pensó Trevor.

Laura Baxter se sentó, interrogante la mirada posada en el sonriente Stevens.

—Cuando dejen de admirarse, les ruego que me atiendan. Usted recurrió al procedimiento muy vulgar de guardar silencio hasta la llegada de su abogado. Es un recurso poco grato, señora, porque es propio de las personas cuya conciencia no está tranquila.

—Hace algún tiempo sucedió un accidente desgraciado, y desde entonces conservo un mal recuerdo de los policías. Me hicieron toda clase de preguntas, algunas muy ofensivas. No permitiré que ningún policía se crea con derecho a interrogarme..., por cualquier trivialidad.

—¿Trivialidad? ¿Le llama usted trivialidad a las manchas de sangre halladas en su chalet? ¿Al rifle disparado recientemente...? No mire a este individuo. El se ha limitado a adoptar otro recurso: Hacerse el loco, hablándome de caras de miedo, pinturas y otros cuentos.

Sonrió levemente Laura. Con evidente gratitud.

Trevor iba recuperando la serenidad.

—No me tengo por rencoroso, sino por un funcionario que mejor o peor, trata de cumplir con su deber. Es cierto que sólo existen presunciones y ningún cargo concreto. Usted, señora, fue a su chalet con un tal Bruce Donovan, y regresó con... el aquí presente. Allá hay un rifle recién disparado, unas manchas de sangre y tengo una información particular acerca de la presunta muerte de Bruce Donovan.

Pestañeó ella palideciendo. Prosiguió Trevor:

—Mi obligación es poner en claro lo que haya de delictivo en estas presunciones, y entonces..., sobre todo a usted se lo digo, Frank Stevens, lamentará el momento en que en vez de ser sincero conmigo, se dedicó a rizarme la cabellera, hablándome de carátulas y asirios. Están aún a tiempo. ¿Tienen algo que declararme espontáneamente? Lo recalco; espontáneamente. No les puedo

obligar, por ahora, a contestarme.

Frank Stevens empezó a considerar que su actitud era absurda. Lo normal era hablar sin rodeos y evitarse futuras complicaciones. Pero alentaba aún cierto resquemor por el comportamiento algo desdeñoso del sargento, tratándole como a un sospechoso desde un principio, sólo porque su desaliño y su profesión distaban de tener una categoría social como la de la viuda Anderson.

—Dígame, señora. ¿Bruce Donovan fue o no al chalet con usted?

—Vino conmigo, en efecto.

—¿Y dónde está ahora Donovan?

—Se marchó, dejándome sola.

—¿Y este individuo? —indagó Trevor, señalando despectivamente con el índice a Stevens.

—Me llamo Frank Stevens, y la palabra individuo según se pronuncie, me eriza el vello. No cuesta nada ser cortés, funcionario Trevor.

Nat Trevor se puso en pie. Apoyados los puños en la mesa, avanzó el busto y dijo con aparente calma:

—Acaricio la dulce esperanza de que hallaré un cargo concreto contra usted, Frank Stevens. Y cuando esto suceda, se arrepentirá de su actual actitud, se lo juro. Le ruego me conteste a una sola pregunta. ¿Vio el rifle sobre la mesa y la sangre en el suelo?

—Son dos preguntas y no una. Bien, no se encrespe, no se encrespe. ¿Qué rifle y qué sangre?

—En una mesita de juego, en el interior del chalet de la señora aquí presente, había un rifle cuyo cañón revelaba haber sido disparado muy recientemente. Brillante la culata, el portagatillos, y el pavonado exterior. Habían pasado un trapo para limpiar las huellas. En un trecho que iba de la cocina de dicho chalet hasta una esquina del patio, con huellas de la rodada de unos neumáticos en el suelo, había varias manchas de sangre humana. Contesté con la misma paciencia que le demuestro; ¿vio el rifle y vio la sangre?

Había llegado el momento crucial, pensó Stevens. No le quedaba más remedio que contestar sin evasivas.

La puerta se abrió y un hombre de aspecto distinguido, blanco cabello liso y rostro ascético, severo, entró con parsimonia. La misma que tenía su modo de hablar.

—Buenas noches, Laura. ¿Cómo está usted, sargento Trevor?

Buenas noches, señor Stevens. En el ejercicio de mis atribuciones, deseo preguntarle, sargento, la calidad de los cargos por usted presentados contra mi sobrina y el señor Stevens.

El sargento Trevor pareció tocar el piano por unos instantes, sobre su mesa. Dijo por fin:

—Fuimos informados de que en el chalet de la viuda Anderson...

—Tenga la bondad de rectificar —solicitó el abogado.

—¿Rectificar qué? —Gruñó Trevor.

—Mi sobrina tenía por estado el de viuda hasta las once de esta misma noche, en que pasó a ser la esposa de Bruce Donovan.

—¡Ah! Bien. Fuimos informados de que en el chalet de Hoyo Solitario habían sucedido hechos graves, con la presunta muerte de Bruce Donovan. Allá fueron hallados rastros de sangre y un rifle recién disparado. No he presentado cargos. Me limito a solicitar que los dos testigos presentes contesten a unas preguntas.

—Y así lo harán —especificó el abogado—, tan pronto usted demuestre con pruebas fehacientes que ellos fueron testigos presenciales de algún derramamiento de sangre o de algún disparo de rifle.

La pausa de silencio se prolongó, hasta que Trevor expuso:

—Cuando consiga las pruebas fehacientes, señor abogado, proseguiremos la función. Muy buenas noches.

Al abandonar los tres el despacho, el sargento Trevor abrió un pequeño armario-botiquín. Degluto una aspirina y un vaso de agua.

Se sentía lo más parecido a un piel roja lanzado sobre la pista de una cabellera ansiada: la del «criptoasiriólogo-pintor» Stevens.

CAPÍTULO VI

Laura, el abogado y Stevens guardaron silencio desde que abandonaron el despacho hasta que fuera del Precinto, pasaron a ocupar el «Oldsmobile» después que Baxter le habló brevemente al chófer de un lujoso «Packard». Clifton Baxter se instaló atrás, y apenas Laura puso en marcha, comentó:

—Este nuevo conflicto es desagradable, Laura. Antes de venir procuró entrar en contacto con Donovan, pero no estaba en tu casa, ni supieron darme ninguna indicación de dónde pudiera hallarse.

Frank Stevens, ladeado, escuchaba atentamente. Aquel leguleyo parecía sumamente positivo y lo demostró, al añadir:

—Me es necesario para poder calibrar la índole de los hechos, un resumen concreto. Dame primero tu versión exacta, Laura.

—Es muy confuso, pero lo intentaré. No hacía mucho que llegamos cuando alguien telefoneó a Bruce. No quiso decirme quién era. Volvió demudado, nerviosísimo. Dijo que oía pasos, y se asomó a mirar hacia la escalera del chalet. De pronto salió corriendo, diciendo que le querían matar y nombrando con terror a un tal King. Oí disparos, procedentes del torreón. Pude, no sé cómo, armarme de valor y subí arriba, pero no había nadie. Encontré un rifle que recogí, llevándolo abajo.

—Entonces tus huellas...

—Maquinalmente, también no sé cómo se me ocurrió, pasé mi pañuelo por el rifle antes de dejarlo sobre una mesita de juego. Me pareció que Bruce había huido hacia la playa, y bajé hacia las casetas de baño, encontrándome con Frank Stevens.

El abogado no apartaba la vista de Stevens. Una mirada escrutadora, penetrante, de las que taladraban, meditó Stevens.

—No había rastro de Bruce, que primero se ocultó en una de las casetas, y que luego debió subir...

—Nada de hipótesis sino hechos concretos —atajó Baxter.

—Estando en la playa oímos otro disparo. Fuimos al chalet. No había nadie. Vimos unas manchas de sangre en el patio posterior, y mí «Mercury» había desaparecido. Le rogué al señor Stevens que viniese conmigo a consultarte, antes de acudir a la policía. Por el camino un coche patrulla nos detuvo. Me negué a exponerle al sargento Harris que me escoltó en este mismo coche.

—Por favor, su versión, señor Stevens —solicitó el abogado.

—De la primera parte relatada por Laura, no fui testigo. Pero presencié el descenso de Bruce Donovan, mientras repercutían los dos disparos, y no he contemplado nunca a un hombre con aspecto más asustado. Me dijo que un tal King le quería matar, y se escondió en una cabina. El resto ya lo sabe.

—¿Qué más cosas le contó Donovan? —quiso saber Baxter.

—No estaba en condiciones físicas ni mentales para sostener una charla conmigo. Era la viva imagen del hombre enloquecido por un pánico inmenso, que le atolondraba.

—¿Qué declaró usted ante el sargento Trevor?

—Nada sólido. Porque tampoco tiene ninguna solidez lo que presencié. Nada de lo que he visto tiene, por ahora, el menor sentido para mí. Pero Trevor empezaba a concretar, y me iba acorralando, cuando llegó Laura y luego usted acabó de evitar cualquier declaración coherente.

—Perfecto, perfecto —aprobó Baxter—. Considero ahora lo más adecuado, Stevens, proponerle un viaje, que le ahorrará molestias por parte de la policía. Yo lo solucionaré todo durante su ausencia.

Arqueada una ceja, inquirió Stevens:

—¿Qué clase de viaje, abogado?

—Donde elija usted. Hawái, París, cualquier lugar del globo. Naturalmente, con gastos pagados, hotel de primera y cuantas comodidades exija. Se trata únicamente de evitar cualquier escándalo en torno a nuestro nombre y mañana mismo, a primera hora, lo tendré todo arreglado para que se ausente un par de meses. Es la solución más...

Atajó Stevens con un brusco ademán:

—Creo que se confunde, amigo. Me presté dócilmente a lo que me pidió Laura, porque siempre me perdió mi galantería hacia las damas. Pero ya le expuse a ella mi total disconformidad con este método de no hablar claramente a la policía. Si yo no lo hice, fue

porque me exasperó la actitud de Trevor.

—No le pido nada que sea ilegal —arguyó el abogado—. Usted, por el momento, no está sujeto a ninguna retención de su libertad de movimientos. Deseo simplemente evitar el menor escándalo...

—Y yo no quiero complicarme la vida. Ya es tarde y tengo sueño. Pero mañana, hacia las nueve, estaré declarando todo lo que pueda explicar razonablemente al sargento Trevor. No, no, por favor, abogado; no trate de convencerme porque será inútil.

El «Oldsmobile» abandonaba la carretera del Este, a la salida de la ciudad internándose por la pendiente que en curvas enlazaba la colina de Seasight, la zona residencial privilegiada.

Intervino Laura Baxter:

—Estoy de acuerdo, Stevens, con su decisión. Sólo le pido que aguarde mi llamada telefónica antes de visitar al sargento Trevor. Le llamaré antes de las nueve, ¿quiere?

—Lo que más me revienta es la fría actitud que demuestran ante un hecho casi cierto: La muerte de Bruce Donovan. Sólo procuran calcular el medio de evitar las salpicaduras de la Prensa sensacionalista. Lo normal sería que se dedicasen a buscar a Donovan, facilitando todos los datos posibles a la policía.

Tras el «Oldsmobile» iba el «Packard» del abogado Baxter. Una alameda lateral, entre setos, dio acceso a un jardín que remontaba en suave pendiente hasta una soberbia mansión de tres pisos.

Pista de tenis, piscina, pérgolas, todo el lujo, meditó Stevens al detenerse el coche ante un enorme pórtico iluminado, bajo el cual, un rígido mayordomo aguardaba estatuario.

—¿Desea tomar algo, Stevens? —preguntó ella mientras bajaba el abogado.

—Una cama. Que me espera en mi estudio. Mi número de teléfono es el CR-7172, y la dirección, Crescent, 113. ¿Quiere decirle a aquel caballero de la librea que me llame un taxi?

—Puede disponer de este coche, o si lo prefiere, le llevará el chófer de mi tío.

—Más cómodo el chófer. Gracias, Laura.

Ella le miró con una expresión casi de afecto.

—Creo comprender lo que le pasa, Stevens. Está desconcertado.

—El término es pálido para definir mi total embotamiento de sesos.

—Yo le agradezco su gentileza conmigo. Mañana le telefonaré.

—Deseo que todo se arregle lo mejor posible, pero repito que el sistema eficaz y lógico es acudir a la policía. Buenas noches.

Habló ella con Clifton Baxter, quien a su vez habló con el fornido chófer que acababa de apearse del «Packard». Poco después, Frank Stevens, sentado junto al volante del «Packard», examinó el perfil achatado, hosco, del conductor.

Más que un chófer al servicio de un jurista, parecía el guardaespaldas de un traficante en negocios ilegales.

Debía compartir, en vista de su desdenoso ceño, la opinión de Trevor, Baxter y de la mayoría; un sujeto con aspecto de vagabundo era poco de fiar.

De pronto pestañeó Stevens, fijándose con más detenimiento en el perfil del chófer; aquellos labios gruesos, aquella nariz aplastada, las cejas en sesgo, el denso cabello negro asomando bajo la gorra...

Se pellizcó el lóbulo de la oreja, contrariado. Iba siendo una pesadilla aquella carátula. Tendría que pintarla para ir perdiendo la obsesión.

—¿Le disgusta mi cara? —preguntó roncamente el chófer, sin mirarle.

—Hay tantas cosas que a uno no le agradan, amigo... Me recuerda usted a alguien, y eso es todo.

No contestó el chófer. El «Packard» dejó atrás la carretera Este, y se dirigió hacia otro barrio residencial, situado al nordeste del litoral.

—Mi domicilio está en el otro sentido, compadre —indicó Stevens.

—Me llamo Luziani —expuso el chófer sin variar el rumbo.

—Y yo Stevens, pero vivo en el 113 de la calle Orescent.

—La orden que recibí fue la de llevarle a la casa del señor Baxter.

—Bien, bien, bien... Ya estoy harto de ir y venir como un pelele, al capricho de la familia Baxter. Arrime el coche a la acera.

—Cumpla órdenes de quien me paga.

El puño del bastón de Stevens repicó suavemente en el hombro del uniforme gris.

—La señora Baxter es una señora y el abogado un vejete. Con ellos no podía desfogarme. Es mi deseo que todo termine

correctamente, Luziani. Usted es robusto y terco, porque no vira el volante. Si así lo prefiere, podemos intentar comprobar quién es más bestia de los dos. Contaremos hasta siete, que es mi número favorito. Si para, entonces no Ira dado media vuelta y me lleva para casita, nos liaremos a trompadas; y caramba, no sé por qué, la sola idea me encanta. Uno... Dos...

Luziani frenó, tomó el próximo viraje, y el «Packard» emprendió la dirección del domicilio de Stevens, que comentó:

—Dígale a su patrón que si quiere verme, recibo de dos a tres de la tarde, que es mi hora de ociosa digestión.

Apretados los labios, Luziani no pronunció una sola palabra ni respondió a la despedida de Stevens. El «Packard» se alejó velozmente.

Ciento trece, calle Crescent, era una casa de madera de dos pisos. En la planta baja, a cada lado de la escalera, hubo unos almacenes que se trasladaron a un barrio más próspero. Estaban por alquilar.

En la especie de ático erigido en el centro de la terraza, una estructura de madera y tejadillo de pizarra, albergaba el estudio de Stevens. Un amplio espacio, con buena luz diurna, procedente de la claraboya que hizo abrir en el tejadillo Stevens, estaba dividido al fondo en dos compartimientos, mediante unas tablas y cortinas, cuarto de aseo y cocina. En el estudio en sí, un ancho diván-cama y dos sillones con una mesa grande componían el mobiliario. Un caballete sostenía un lienzo recubierto. Apartó Stevens la tela, y contempló con desagrado la pintura, una especie de *Merienda en la hierba*, sin la luminosidad de Renoir. Sólo tenía cierta calidad la figura central femenina, satinada, vivida... Del saco de viaje que había colgado en un sillón extrajo la bolsa de provisiones. Colocó unas lonchas de jamón entre dos tostadas y del armario de la cocina cogió un bote de leche en polvo, confeccionándose la bebida nutritiva.

Masticaba sin mucho apetito, y fue a retirar el cuadro del caballete, dejándolo con su armazón contra la pared. Había unos cuantos más alineados, también de cara a la pared.

—Castigados por malos —manifestó Stevens en voz alta.

Cogió un lienzo virgen, ya embastado. Hizo funcionar el contrapeso de un cable doble asido a la polea del techo, y el foco

voltaico iluminó el lienzo intacto en el caballete. Apagó las otras luces.

Al coger en el saco el mazo de carboncillos, recordó de pronto el voluminoso sobre:

«Abrir en caso de muerte.

»*Bruce Donovan*».

Tendría que entregarlo al sargento. Por otra parte, si ya había obrado excéntricamente, un poco más ya no importaba. Con el sobre sin abrir en la zurda, y un carboncillo en la diestra, se colocó ante el lienzo.

Trazó varias líneas, procurando plasmar la redonda faz horrorosa, el mentón puntiagudo, las cejas en sesgo hacia arriba, la casi ausencia de nariz y la maligna sonrisa.

Pasó repetidamente el pulgar sobre los trazos labiales. No reproducían exactamente la expresión sardónica, inquietante y casi obscena de aquella maldita mueca permanente y estremecedora.

La lona que, anillada, servía de noche para tapar la luz que pudiera entrar por la claraboya, estaba descorrida. Los cristales transparentaban el cabrilleo de las estrellas, un fulgor de luna plateada..., y una faz escalofriante, dilatada la gruesa boca en maligna sonrisa.

Frank Stevens, al cuarto intento de reproducir la mueca de la carátula, decidió hacer una pausa. Rasgó el sobre, mientras se sentaba en un sillón.

El volumen del contenido lo daba el grueso papel pergamino.

La letra era picuda, de grandes rasgos claros:

«Escribo esto precipitadamente, porque he sabido de pronto que mi vida corre peligro. El secreto que hay en la existencia de Laura Baxter es de los que justifican cualquier crimen, como la muerte de Roland Anderson. La fatalidad ha querido que yo me entere. King Colbert sabe que me he enterado. Para él y Laura se trata de una cuestión vital que el secreto que comparten siga siendo un secreto. Hoy, viernes, mientras aguardaba a que Laura se preparase para irnos a su chalet de Hoyo Solitario, lo averigüé todo, de un modo casual. Empleo

el único papel que he podido hallar en el *secreter* de Laura. Si algo me sucede, y como ignoro si esta carta puede ir precisamente a manos de Laura o de King, hago saber que el secreto de Laura y sus motivos para asesinar a Roland Anderson y Dafne Colbert los comunicaré hoy mismo a Roger Anderson.

»*Bruce Donovan*».

Doblando el pergamino, lo introdujo Stevens en el sobre. El misterio se hacía más denso. Pero aquel escrito, en poder de la policía, les conduciría a pistas..., y a interrogar a Roger Anderson, aunque éste, por sí mismo, iría a la policía.

Miró Stevens el lienzo en que los trazos de carboncillo daban una idea imprecisa de la horrible carátula. Alzó la vista hacia la claraboya. Un cielo estrellado, fulgor de plata lunar, un azul de Prusia, frío, sin nubes.

Corrió la cortina de lona. Oyó unos peldaños crujir en la escalerilla que daba acceso al tejado. Algún gato bien cebado.

Decidió acostarse y dejar para mañana su proyecto de cuadro y sus meditaciones sobre el caso Laura-Bruce-King.

Resonó en la única puerta una llamada de nudillos. Por dos veces.

Yendo hacia la puerta, pensó Stevens con fastidio en el abogado Baxter, que demostraba ser un hombre testarudo en sus decisiones.

Abrió.

La oscuridad de la terraza, a espaldas de la aparición, hacía resaltar aún más la cabeza achatada, los ojos sanguinolentos, la siniestra sonrisa y el mentón puntiagudo de la carátula.

Imprecando furioso, trémulo a la vez por la impresión, Frank Stevens alzó los dos puños, disponiéndose a machacar, a borrar aquella mueca perversa.

Algo chocó con fuerza en su estómago. Se inclinó hacia adelante, encogiéndose. Un segundo golpe, de idéntica precisión, repercutió en su nuca, y la más completa negrura invadió su mente mientras desmadrado, se desplomaba de bruces.

CAPÍTULO VII

Tuvo la sensación de que había dormido profundamente, y le costaba despertar por alguna causa desconocida. Se removió, comprobando que estaba tendido sobre algo blando, acogedor.

Su diván-cama, identificado porque uno de los muelles chirriaba un poco, en quejido lastimero. Pero ¿por qué no había apagado el foco central? La luz iluminaba un lienzo en el caballete.

Parpadeó, percibiendo cierto dolor en la nuca. Debía haber bebido con exceso. ¿Cuándo? ¿Dónde? Por entre las pestañas, se contempló. Totalmente vestido. La cazadora de ante, el pantalón, las botas. Se pasó una mano por las mandíbulas y sintió el picor de la barba de varios días.

De pronto, sentándose, recordó, mirando en torno. Se mordió el labio, apoyando las dos manos en el diván, dispuesto a embestir con un rencor acumulado, que le daba fiebre.

La silueta negra, en que destacaba un blanco rostro, estaba inmóvil en uno de los dos sillones, el más próximo a la cabecera del diván.

La jadeante respiración de Frank Stevens fue normalizándose.

No era ninguna aparición ni tenía el menor parecido con la maldita faz flotante.

Era una mujer de unos treinta años, de claro cabello rubio y finas facciones angelicales. Ojos intensamente azules, labios delgados y redonda barbilla con un hoyuelo gracioso.

En un brazo del sillón colgaba una esclavina de pieles plateadas. El vestido negro moldeaba un cuerpo delicioso, de gráciles curvas, y las piernas cruzadas indolentemente eran digno complemento del pie breve, bien calzado.

Aquella desconocida producía una inmediata sensación de apacible carácter, distinción, humorismo y gran inteligencia, pensó él confusamente.

—Tendrá usted que excusarme el atrevimiento —y la voz femenina era dulce, acariciante—. La puerta estaba abierta y me asomé.

El ancho bolso negro que tenía en el regazo lucía una inicial compuesta con piedras azules: «J.».

Frank Stevens se palpó la nuca. Nada húmedo, nada sobresaliente. Aquel segundo impacto debió serle administrado con el canto de una mano, experta en judo. El primer golpe era también digno de un técnico en anatomía.

En pleno plexo solar; *K. O.*, casi instantáneo, que luego no dejaba dolor, sino como una sensación de llenura en la «caja del pan», que era el apodo con el cual designaban los púgiles al estómago.

—Para ver mi puerta abierta, tuvo usted que subir unas escaleras desde abajo —masculló Stevens.

—Lógicamente —rió ella con suavidad.

—Las escaleras sólo conducen a la terraza y a mi estudio, del cual soy el único inquilino. No me diga que venía a encargarme un cuadro o comprarme uno de mis esperpentos.

Denegó ella con la cabeza.

Levantándose, Stevens se dirigió a la cocina. Tenía que poner algo de orden en su cerebro, más aturdido que nunca. Descorchó un frasco de coñac.

En el marco que formaba la cortina al ser apartada, la visitante se detuvo, diciendo:

—Aceptaría una copa. Comprendo que mi presencia le haya chocado.

Escanciando en dos vasos de papel parafinado, replicó él adustamente:

—Voy encajando una sucesión de choques. ¿Encontró usted la puerta abierta y me vio tendido en el diván?

—Durmiendo profundamente. Como la luz no estaba apagada, pensé que sería la breve modorra del pintor agotado en busca de inspiración. Por eso me permití entrar. Gracias.

Y cogiendo el vaso de papel, regresó hacia el sillón, seguida por Stevens que ya había apurado una generosa ración de tónico.

Era un encanto aquella mujercita. Cimbreada, del tipo *jausse maigre*, que dicen los galos. Llenita donde era debido, estilizada

armoniosamente como una ninfa.

Supuso Stevens que tras el *K. O.*, fulminante, debió arrastrarse inconsciente hacia su diván. Miró en torno, y fue a encender la otra luz del estudio, buscando impaciente algo que faltaba.

El sobre de pergamino que había dejado en la mesa ya no estaba a la vista.

La visitante indagó:

—¿Perdió algo?

—Papel pergamino. Un sobre grueso. Lo dejé en aquella mesa.

Riente, abrió ella su bolso, mostrando el contenido.

—Tengo algunos defectos, pero por ahora no soy cleptómana. Mientras usted dormía, contemplé algunos de sus cuadros. Originales con reminiscencias de Modigliani en la línea, la sequedad del dibujo de Buffet, y un colorido pastoso, casi impresionista.

—¡Vaya...! Sería curioso que me resultase usted crítico de arte.

—Simplemente una *dilettante*, Frank Stevens.

—¿Cómo conoce mi nombre? —quiso saber receloso.

—Es la firma que aparece en aquellos cuadros.

—No me juzgue descortés, pero la hora es tardía y no estoy con ánimo para conversaciones que serían interesantes en otro momento, señora.

—Soltera. Puede llamarme Judith.

—Vayamos al grano, Judith. Abajo no vive nadie. Arriba sólo yo. Desde la calle no se ve mi puerta abierta.

—Quiere usted indicar que subí con un motivo premeditado. En efecto; pasaba por la calle Crescent cuando detuve mi coche, porque por el portalón entre dos locales cerrados salía un hombre. Siempre lleva su maletín profesional. Un hombre con fama de Don Juan, y muy intrigante. Se dice que son incontables sus conquistas, y pensé que salía de una cita amorosa. Como el barrio es más bien modesto, mi curiosidad se acentuó, ya que de costumbre suelen ser de elevada categoría social las conquistas de King Colbert.

Sentándose en el diván, Stevens repitió lentamente:

—King Colbert. Y usted le vio salir de este caserón.

—Fue lo que me intrigó, y por eso me detuve, sin que él me viera.

—¿Amigo suyo?

—King es un médico conocidísimo. Cirujano, especializado en

neurología. Es decir, practica intervenciones quirúrgicas, pero tiene también un consultorio de psicoanalista. Como le explicaba, intrigada comprobé que abajo no vivía nadie. Todo cerrado con el letrero de alquiler. Subí las únicas escaleras, que desembocan en esta azotea. Vi entonces la luz surgiendo de una puerta abierta...

—Se asomó y me vio tendido en el diván. Todo está claro ahora. Voy a pedirle un favor, Judith. ¿Mañana a qué hora puedo verla?

—Según para qué —sonrió ella con expresión pícaro.

—Necesito que usted, llegado el caso, me sirva de testimonio de que King Colbert, esta noche, a hora avanzada, exactamente... —Y miró Stevens su reloj—. Exactamente entre una y dos de la madrugada, salía de aquí o, por lo menos, de este caserón.

—No hay inconveniente alguno. ¿Estará aquí por la noche?

—Mejor hacia el mediodía.

—Mi día está muy ocupado en cosas triviales, y sin trascendencia, pero puedo disponer de mi noche. Digamos, ¿hacia las diez?

—De acuerdo, Judith. Y ahora..., me privaré del deleite de contemplarla, pero tengo un sueño atroz.

La acompañó hasta la puerta entornada. Ella, echándose la esclavina sobre los hombros, tendió la diestra, de dulce contacto, firme y a la vez de tersa delicadeza. Lucían brillantes los ojos azules.

—Son las diez de la noche. Felices sueños, Frank. Fue con ella hasta el rellano de la escalera. Al ir bajando, se volvió ella y dijo inesperadamente:

—Me gusta usted mucho, Frank. Respira hombría por todos los poros.

Desconcertado, Stevens sonrió muy estúpidamente, en su propia opinión.

La graciosa figura femenina desapareció al ocultarla el ángulo de la escalera.

Frank Stevens echó el pestillo de seguridad en la puerta. Se desvistió rápidamente y en pijama, se hundió entre las sábanas, arrojando la manta.

Se esforzó también en echar una manta en su cerebro, que lo borrara todo. La atroz visión, sobre todo. Para ello se recreó dibujando mentalmente la grácil figura tan femenina de Judith.

CAPÍTULO VIII

El sargento Nat Trevor cerró la carpeta y pidió:

—Repítamelo. ¿Dijo Frank Stevens?

El agente repitió dócilmente:

—Un caballero de buen aspecto que dice llamarse Frank Stevens, ruega que usted lo reciba.

—¿De buen aspecto..., caballero y ruega que le reciba? Me lo han cambiado —y agresivo el tono, añadió—: Échemelo para acá.

Frank Stevens, afeitado, peinado, impecable en su traje gris, camisa blanca y corbata azul lisa, gabardina al brazo y fieltro en mano, entró en el despacho.

—Buenos días, sargento Trevor. Mi intención era venir a las nueve y media, pero me quedé dormido y son...

—Las once y cuarto. No le sienta mal lavarse y ponerse algo planchado. ¿Qué le trae?

—Ante todo quiero presentarle mis excusas. Sinceramente, ayer noche demostré cierta incoherencia, y pudo usted creer que pretendía burlarme.

—Lo pretendiera o no, lo cierto es que me largó una sarta de majaderías —afirmó hoscamente Trevor.

—Confieso que me porté como un capullo, pero...

—Siéntese y comprobemos si su transformación personal ha subido hasta su seso.

—Ayer, una acumulación de incidentes apabullantes trastornó un poco mi juicio, aunque ya en estado normal, mi carácter es propenso a la ironía barata.

—Durmió bien, se arrepintió y temiendo posibles represalias más decidió hacerse el corderito. Comprendo —afirmó Trevor, ceñudo.

Frank Stevens se puso en pie, y arqueó una ceja.

—Equivocó la carrera, sargento. Se hace diplomático, y no dude

que sus éxitos habrían sido rotundos y estrepitosos. Cada semana estallaría una guerrita allá donde funcionara usted. Escúcheme bien; vine porque me dio la gana, dispuesto a ayudarlo. Yo sé reconocer cuándo meto la pata, y vine a enmendarlo; pero ahora, si quiere oírme, tendrá que traerme amarrado.

Trevor hizo un ademán apaciguador, esbozando una sonrisa.

—Siéntese, hombre. Fue como si dijéramos, un *test*. He comprobado así que no le han enviado, y que no vino con ninguna lección aprendida. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. Lo acepto simbólicamente, como la pipa de la paz, pero me quité el vicio hace unas semanas. Anoche quedó convenido con Laura Baxter que ella me telefonaría antes de las nueve, y juntos vendríamos a verle. Ella no me ha llamado, porque el timbre del teléfono me hubiese despertado, ya que el trasto lo tengo junto a mi almohada. ¿Por dónde empiezo, jefe?

Nat Trevor abrió la carpeta que tenía delante. Había en ella hojas de varios tamaños, algunas mecanografiadas, otras, cartulinas escritas a mano.

—Explíqueme su presencia en Hoyo Solitario, ayer por la tarde, y cómo conoció a la viuda Anderson.

Relató Stevens con precisa exactitud los hechos, con una sola omisión. No citó la presencia de Laura con el rifle, en la ventana del torreón.

—... Y estaba yo aguardando a que ella recogiera su maletín, cuando apareció la condenada figurita.

—Ya... La carátula ésa. Soy todo oídos —manifestó Trevor.

—Cara chata, boca gruesa en mueca diabólica, ojos rojizos, negro cabello, barbilla puntiaguda y cejas de las calificadas mefistofélicas —fue describiendo Stevens, mientras Trevor tomaba nota—. El susto que me sacudió fue de rechupete. Admito que hasta chillé como una mujercita perseguida por siete ratas elefantinas. La noche, la soledad, aquella máscara flotando... ¿Capta la onda?

—Admito para su consuelo, que yo mismo en caso semejante largo un bramido potentísimo. Siga.

—Me precipité a la ventana, abriéndola. Salí fuera. Nada. Aquel mascarón se había esfumado.

—Supongo que se lo explicaría a la viuda Anderson.

—No pude, ni insistí. No es agradable reconocer que uno se deja

acogotar por un pánico tan poco viril.

—Más o menos como el pánico que demostraba Bruce Donovan, ¿no?

—¡Ah, caramba! Usted cree entonces que también Donovan se desquició el sistema nervioso al ver la cabeza flotante.

—Eso, sólo el propio Donovan nos lo podría confirmar. Anoche, ¿por qué se calló todo esto?

—Me reventaba usted. Digo, me exasperó algo el ver que usted ya me sentenciaba como el sospechoso número uno, por el solo motivo de ir hecho un asco, pero cómodo para mi gusto.

—Soy un tipo moliente y corriente, Stevens. Un vagabundo joven y robusto inspira siempre desconfianza a un polizone. Siga desembuchando.

—También me hizo callar la idea de que si Laura temía el escándalo, no por ello dejaría de venir tarde o temprano a hablar con usted.

—Y mientras, un presunto asesino anda suelto. Al salir de aquí, ¿dónde fue?

—A casa de Laura. Manifesté que vendría aquí a primera hora de la mañana, y el abogado me prestó su coche con el chófer incluido para regresar a casa.

—Dijo que en su bolsa, al meter la libreta de dibujo, tropezó con un sobre misterioso, y dedujo que lo introdujo Donovan mientras estaba en la cabina. Deme el sobrecito —y tendió Trevor la mano.

Se rascó Stevens la sien.

—Verá. Al llegar a mi estudio, entre otras cosas, abrí el sobre y leí el contenido. Pero llamaron a la puerta, y... Lo siento, pero de nuevo se presentó la dichosa cabeza flotante. A modo de tarjeta de visita, me atizó un piñazo en el estómago y un toque complementario en la base de la cresta.

—O sea que su pegajosa cabeza flotante tiene un par de puños.

—He meditado hasta llegar a la conclusión de que es alguien que viste enteramente de negro, para destacar más el rostro horrible, blancuzco, estriado de manchas cenizas.

—Excelente deducción. ¿El sobre de pergamino?

—Cuando volví a recobrar el sentido, había desaparecido.

Expuso entonces la visita de Judith, y su testimonio de que había visto salir al doctor King Colbert.

Nat Trevor se frotó las manos en gesto impulsivo.

—Luego firmará usted su declaración, sin olvidar sobre todo este último punto: el testimonio de que su Judith vio a King Colbert. ¿Recuerda más o menos lo que decía la carta de Bruce Donovan?

—Que había descubierto el secreto de Laura, que ésta compartía con King Colbert, referente a los asesinatos de Roland Anderson y Dafne Colbert. Que sabía que corría peligro y que para evitar que la carta cayese en manos impropias, le comunicaría el secreto y los móviles a Roger Anderson.

—El hermano gemelo del difunto Roland, el primer marido de Laura Baxter. Así, a primera vista, ¿quién puede tener interés en robarle esta carta? Una de las dos personas mencionadas en la carta: Laura o King. Deme su opinión.

—Procuro ponerme en el pellejo de Donovan. Si me veo tan amenazado, me cuelgo del cuello del primer policía que se me pone a tiro. Y no me pongo a escribir cartitas.

—Usted habla normalmente..., ahora, y me olvido ya de sus memeces de anoche. Pero dijo usted mismo que bajo una fuerte impresión, el cerebro se aturulla. Lo mismo pudo pasarle a Donovan. Bien, celebro que haya decidido colaborar conmigo.

—Digamos coordinar.

—Lo que sea. El laboratorio ya hizo algún trabajo. El rifle no tenía huellas. Lo limpiaron hasta sacarle brillo. Las manchas de sangre pertenecen a un grupo desgraciadamente muy corriente, y no tenemos ficha sanguínea de Bruce Donovan. Había también colillas. Unas eran de «Kool», cigarrillos mentolados como los que fuma la viuda Anderson. Otros eran de una marca poco corriente: «De Rezske», tabaco finísimo, propio de gente de paladar muy estragado. La marca que fuma el doctor Colbert.

—Todo va enlazándose, entonces. Lo que no comprendo es por qué no me llamó Laura.

—No podía —y de la carpeta, extrajo Trevor una cartulina, explicando—: Hice que fuese vigilado discretamente el domicilio de la viuda Anderson. Esta mañana, a las ocho y minutos llegó una ambulancia. Se llevaron a la viuda Anderson.

—¡Caray! Ahora la sospechosa pasa a ser víctima.

—Una doncella...

—Pido pruebas fehacientes de tal calidad —sonrió Stevens.

—Si lo prefiere, una criada, al ir a despertar a la viuda, la encontró inconsciente, echada en el suelo, cerca del balcón. El diagnóstico médico es el siguiente —y leyó Trevor—: «Intoxicación morphia vía intramuscular». O sea, que la viuda Anderson se pasó de dosis, al inyectarse morfina. Nada grave. Pronto estará en condiciones de declarar.

—No tenía aspecto de drogarse.

—Ayer tampoco tenía usted aspecto decente, y ya ve...

—¿Sigue sin aparecer Donovan?

—Ya apareció. —Y cogió Trevor una hoja de la carpeta—. Míreme las ojeras. Me despertaron a las seis de la madrugada. Un colega de la Criminal. Fui al lugar, que era una rada próxima a Hoyo Solitario. Una cortadura a pique, no visible desde la carretera. Un pescador había visto restos calcinados de un automóvil. Un «Mercury», propiedad de la viuda Anderson.

—El coche que se llevó alguien.

—Se despenó como en el caso de Roland Anderson, incendiándose. Las llamas no eran visibles, ya que la rada está en una hendidura, profunda y desierta. Un cuerpo calcinado se esparcía entre los hierros retorcidos, y las primeras indagaciones confirman que es el de Bruce Donovan.

El doctor Colbert, calzando zapatillas de piel y vistiendo pantalón gris, chaquetón de terciopelo con monograma en el bolsillo, y pañuelo de seda al cuello, terminaba de beber el jugo de vegetales.

Se sentaba a solas, en la cabecera de una mesa lujosa, de rutilante vajilla, en el impresionante comedor de su domicilio particular. Una sirvienta negra, más voluminosa aún en su uniforme blanco, presentó una bandeja. Se sirvió Colbert varios filetes de lenguado.

Bajo el dintel apareció un negro con librea y expresión azorada:

—Lo siento, señor, pero no quiere esperar y...

Alguien, desde atrás, le apartó y el sargento Trevor, entrando, hizo un ademán significativo. Barrió con la mano al criado, antes de cerrar la puerta, mientras la sirvienta salía por otra puerta, presurosa.

King Colbert observó al que, encasquetado el sombrero y con las manos en los bolsillos de la canadiense, avanzaba hacia la mesa.

—Me duele reprocharle sus modales, Trevor. Tengo derecho a comer tranquilo.

—Ojalá se atragante. Tengo la orden legal que me autoriza a exigirle me acompañe al Precinto.

—Ah... —Y pinchó Colbert un filete, cortándolo con precisión—. Creo que no será ilegal que se siente y me deje terminar el almuerzo. ¿O es tan urgente la cosa?

—Puedo esperar un poco —admitió Trevor, sentándose a caballo en una de las sillas—. Me admira su impasible elegancia, «doc»; pero mientras mastica, vaya digiriendo también las novedades. Tres testigos le acusan de actos diversos, actos que resumidos ante cualquier jurado, le van a catapultar hacia la silla eléctrica.

Apartó Colbert el plato y secóse los labios con una servilleta.

—Ha logrado quitarme el apetito, Trevor. ¿Tengo que ir así o puedo vestirme?

—Le acompañaré, y por si acaso, empaque unas mudas de recambio.

En su habitación y en presencia de Trevor, el médico se limitó a calzarse unos zapatos y sustituir su chaquetón casero por una americana azul; cogió un abrigo ligero. Comentó al abandonar el regio chalet:

—Las mudas interiores, si son necesarias, ya me las traerán. ¿Me es forzoso ir en su coche?

—Es lo legal —y señaló nuevamente. Trevor el coche policial.

Durante el trayecto nadie habló. En el despacho de Trevor, a su señal, se sentó pacientemente Colbert, preguntando:

—¿Es legal que fume?

—¿Cómo no, cómo no? —aprobó Trevor, casi con entusiasmo.

Colbert exhaló un humo fragante, y Trevor abriendo una carpeta, expuso:

—Marca «De Rezske», ¿no, doctor? Hemos coleccionado tres colillas de esta marca, recién fumadas ayer tarde en el chalet de la viuda Anderson. Dos en el torreón, una en el jardín.

—No pretendo tener la exclusiva de este tabaco. Ya le dije que ayer tarde no podía estar en dos sitios a la vez.

—Abreviaré, doctor. Ayer, su presencia entre cinco y seis, en el chalet de Hoyo Solitario, fue atestiguada por un hombre digno de todo crédito.

—Usted lo califica así, pero yo le afirmo rotundamente que ese individuo, sea quien sea, miente.

—Nunca me basta una sola versión. Necesito oír los diversos sonidos de la campana. Es hora ya, y sin excusas ni alegatos galantes, que convoque a la dama que según dice le acompañó ayer tarde entre cuatro y siete.

—Cuatro y seis y media —rectificó Colbert—. Preferiría prescindir de ella. Es soltera y libre, pero cierta Prensa está siempre al acecho de asuntos turbios o, mejor dicho, que convierte en turbios...

—Sin divagaciones morales, «doc». Nombre y señas de dicha dama.

—Vivian Holden, 18 Riverside Square, piso 14.

Por el dictáfono, Trevor repitió las señas, añadiendo:

—Urgente. Rogadle que venga inmediatamente, asegurándole toda garantía de discreción.

Cerrando la comunicación, contempló a Colbert, con refocilamiento, como el gato que tiene acorralado al ratón. Dijo Colbert:

—No estaría de más que supiera yo de lo que me acusa.

—Primeramente, de haber disparado un rifle por tres veces, ayer tarde entre cinco y seis, en el chalet playero de referencia. Naturalmente, se cuidó de limpiar bien el arma, sin dejar huellas.

—Ya... Y sin embargo, repartí colillas a troche y moche. Siga asombrándome, sargento, con las demás acusaciones.

—Una carta firmada por Bruce Donovan acusándole de complicidad en los asesinatos de Roland Anderson y Dafne Colbert.

—Es penoso y a la vez terrible —murmuró el cirujano—. ¿Qué pruebas aporta Donovan para sentar acusaciones tan graves y gratuitas?

—No se preocupe, doctor. Ya las estamos reuniendo nosotros, con gran meticulosidad.

—Exijo un careo con Donovan.

—Desgraciadamente para Donovan, es imposible. Murió exactamente igual que Roland Anderson; despenado en un coche, calcinado. Pero sus restos han sido suficientes para identificarlo.

—No le tenía gran simpatía, pero hasta el punto de desear su muerte... Exijo una acusación más concreta, sargento.

—Roger Anderson se halla ausente desde ayer al mediodía. Está en Seattle por viaje de negocios. Lo hemos convocado. El posee las pruebas concretas.

—Exijo saber el motivo legal por el que estoy aquí. Hasta ahora sólo me expone vaguedades como lo son la carta de un difunto y la ausencia del testigo principal.

—Esta madrugada, otro testigo afirma haberle visto entre una y dos, saliendo de cierta casa de la calle Crescent.

—Me acosté hacia las once anoche, y no soy sonámbulo. Aclaremos un punto importante para ambos, Trevor. Me dolería que su antipatía hacia mí le extraviase haciéndole prestar crédito a una sarta de embustes, cartas extrañas, pruebas en poder ajeno a la policía, testigos invisibles, cuerpos calcinados, y una presunta asesinada, mi hermana Dafne, inexistente, desaparecida, y quizá tostándose al sol en cualquier playa europea.

Nat Trevor asintió gravemente.

—Lo malo en usted, doctor, es que a ratos me convence. Pero deseo que no ponga en duda que antepongo a toda antipatía personal, la máxima imparcialidad, dentro de mis alcances. Comprobaremos ahora su coartada de ayer tarde, que aparte de la señorita Holden, podrán corroborar otros testimonios. Precisaremos por lo menos dos testigos que demuestren dónde se hallaba usted ayer tarde entre cuatro y seis.

—A las cuatro, cualquier camarero del Crown me vio allí...

Sonó el zumbador del dictáfono y el sargento Harris anunció:

—Vivian Holden.

Fue Trevor a abrir la puerta.

Entró una distinguida otoñal, rozando la madurez, pero muy lozana, bonita y de serena prestancia. Sonrió mirando a Colbert, tendiéndole la diestra.

—Lo lamento, Vivian, pero me han obligado a ello.

—Déjeme llevar la voz cantante, doctor. Siéntese, señorita Holden. Ante todo, le reitero la garantía de que nada se filtrará de cuánto aquí me diga usted. Ayer tarde, ¿estuvo usted con el doctor Colbert?

—Estuve. Nos citamos en el Crown, a las cuatro.

—Tendré que comprobarlo, y prefiero advertirle que se trata de algo grave. Le ruego, pues, que hable sinceramente. ¿A qué hora

salieron del Crown?

—Serían las cuatro y media aproximadamente.

—¿Y dónde estuvieron hasta las seis y media?

—King, no lo sé, porque nos despedimos apenas salimos del Crown.

King Colbert ladeó la cabeza como si oyera mal, desorbitados los ojos.

—Un momento, Vivian. Comprendo que te resulte violento confesarlo, pero fuimos a tu piso, y estuve allí contigo hasta las seis y media aproximadamente. No pasó nada que no puedas repetir. Oímos música, bailamos, seguiste negándote a hacerme caso; pero por favor, no me hagas pasar por un tonto embustero. Ten presente que estamos ante la policía, no ante un coro de comadres.

—Si deseabas que yo dijese que estuve contigo, tenías que advertírmelo —reprochó ella amablemente.

Crispó Colbert los puños. Por vez primera, le pareció a Trevor que el cirujano era un ser humano, dotado de reacciones vulgares.

—Cuidado con lo que dices, Vivian. Si persistes en esta actitud, pueden encarcelarme, acusado de falso testimonio.

Intervino Trevor:

—Respetemos el pudor de la señorita Holden, doctor. Habrá testigos de su presencia en aquel piso. Conserje, ascensorista, servidumbre...

—Son apartamentos independientes, sin conserje a la entrada, sin ascensorista, y Vivian comparte el piso con una amiga que no conozco y que no estaba allí —dijo Colbert, y de pronto asió por los hombros a Vivian Holden, sacudiéndola—. ¿Qué clase de juego es el tuyo? ¿Por qué?

Nat Trevor liberó a la testigo, aplicando una llave rápida; golpear con su antebrazo en la cara interior de los codos de Colbert, que retrocedió, dándose masajes en la zona dolorida, cruzados los brazos.

—No la retengo más, señorita Holden. Gracias por su testimonio. Tenga la bondad de pasar al despacho contiguo, del sargento Harris. Firmará su declaración de que estuvo ayer, exactamente de cuatro a cuatro y media, con el doctor Colbert, y se despidió de él, sin volverle a ver en toda la tarde.

Salió ella con aspecto de ofendida, y comentó Trevor:

—Un coche tarda apenas veinte minutos en llegar a Hoyo Solitario.

—No lo comprendo, no lo comprendo —susurró Colbert, sentándose.

—Yo sí, doctor. Usted, cogido por sorpresa, me dio ayer la primera coartada que se le ocurrió, pensando que no necesitaría confirmarla, o tal vez esta misma tarde habría citado a Vivian en el Crown, para ponerse de acuerdo. Lo cierto es que no puede darme ningún testimonio fidedigno de sus andanzas ayer por la tarde.

El doctor Colbert elevó los hombros en gesto de cansancio, replicando:

—Llegaré a demostrarse que alguien está interesado en hacerme aparecer como un individuo sospechoso de diversas actividades ilegales. Mientras, usted decidirá lo más conveniente. Personalmente, soy el primer interesado en que, por cualquier procedimiento, se descubra cuanto antes el cerebro avieso que maneja los hilos de todo este tenebroso asunto.

CAPÍTULO IX

Frank Stevens aguardaba en el pasillo de la clínica Lexington, especializada en el tratamiento de intoxicaciones.

Recordaba las últimas frases del sargento Trevor:

«Un sospechoso siempre recela de la policía, y es difícil que podamos cogerle desprevenido, porque está en permanente alerta. Ya que está intrigado y tiene un personal interés en aclarar el misterio, coordine conmigo. Visite a la viuda Anderson, y trate de detectar cualquier cosa reveladora. Si existe complicidad entre ella y Colbert, nos costará demostrarlo».

Una enfermera que suscitaba vehementes deseos de tenderse en una cama y reclamar sus atenciones, abrió una puerta y se aproximó.

—Puede visitar al número quince. Se recobró totalmente hace media hora, y está en condiciones de recibir visitas.

—¿Y las enfermeras cuándo reciben visitas?

Dio media vuelta la aludida, alejándose con contoneo natural.

Empujó Stevens la puerta marcada con un 15, y acercándose a la cabecera de la cama comprobó que Laura Baxter resultaba aún más atrayente, en su lánguida postración, ojerosa y pálida, realzando su busto el cardigan de angorina azul.

—Siéntese, Frank. Le agradezco su visita y le ruego sea sincero conmigo. Me es tan necesario poder confiar en alguien... —Y parecía realmente estar diciendo la verdad—. ¿Qué versión oyó usted de lo que me ha sucedido?

—Bueno, ya que me pide franqueza, no se la voy a regatear. Hay quien opina que usted es una adicta a los paraísos artificiales y que agotada por los acontecimientos, se administró una dosis excesiva.

Laura Baxter asintió entornando las largas pestañas.

—Ya di por supuesto que ésta sería la interpretación que le darían a mi accidente. Lo extraño es que no haya venido a verme el

sargento Trevor.

—Lo hará, porque las cosas han ido empeorando. Y como yo ando, en contra de mi voluntad, mezclado en todo el lío, deseo ver si logro desenredar la madeja. Usted me pide sinceridad, y estoy dispuesto a complacerla. Pero pidiendo el trato recíproco. Mentirme a mí le será fácil, pero me sabría mal, porque voy teniendo una extraña impresión; alguien le quiere complicar la existencia.

Los negros ojos femeninos expresaron una intensa gratitud. Y Stevens se sintió molesto, al pensar en su papel de «coordinador» policial.

—Pregunte sin temor, Frank. Todo lo que desee saber se lo aclararé.

—Me desconcierta su frialdad ante la posible muerte de su marido precisamente al inicio de la llamada luna de miel.

—Bruce ha sido un hombre encantador hasta el momento exacto en que firmamos el contrato matrimonial.

—¿Contrato?

—Decidirnos casarnos bajo el régimen de bienes conjuntos.

—Ya. Muere él, hereda usted y viceversa. ¿En qué consistió el cambio que apreció en Donovan?

—Apenas estuvimos solos, en mi coche, dirigiéndonos a Hoyo Solitario, su modo de ser sufrió una modificación sorprendente. Frialdad, bruscas respuestas y un comentario que me hirió profundamente. Me dijo que no me creyese ni un solo instante que él iba a ser una presa tan fácil como Roland Anderson, mi primer marido. Intenté que me explicase lo que quería insinuar, pero se encerró en un mutismo exasperado. La decepción fue tan brusca, tan mortificante, que... cesé en mis intentos de ser cariñosa con él.

—¿Por qué se droga, Laura?

Ella, impulsivamente, asió entre sus manos la diestra de Stevens.

—Tiene que creermelo, pero es tan absurdo lo que me ha pasado, que me temo que me supondrá una desquiciada. Esta madrugada, a las tres y diez, me desperté. Oí un susurro cercano, como un silbido de reptil. Maquinalmente miré el reloj en mi mesita, y por esto sé la hora exacta. El susurro procedía del balcón. Pensé sería alguna lechuza, porque era un rumor semejante al que emiten estos pajarracos. Cogí mi linterna, fui al balcón... —soltando la diestra de Stevens, se cubrió el rostro con las manos—. Es espantosa la sola

evocación de aquella visión dantesca, inhumana... Y me cohíbe la idea de que pueda creerme una loca mentirosa.

—Voy a ayudarla. Le describiré una visión por el estilo. Como una cabeza flotante en el aire; labios gruesos, dilatados en fija sonrisa perversa; ojos de fuego; mechones negros; ausencia de nariz; piel lívida, cenizosa; barbilla puntiaguda y cejas en sesgo.

A medida que él iba describiendo, los ojos de Laura se redondeaban en estupor progresivo. Murmuró:

—¿Cómo puede usted...?

—No nos extraviemos más de lo que ya estamos. ¿Por qué se cree usted que allá en el chalet, mientras la esperaba, pegué aquel alarido histérico? Quería explicarle el motivo, pero usted no me dejó, porque otros temas le parecían más urgentes, y creyó que era una alucinación mía. Tras el cristal de la ventana apareció esta condenada carota digna de un carnaval de locos vesánicos. Y reapareció en mi estudio, hacia la una y media de la madrugada. Su segunda presentación fue para robarme una carta. La primera actuación debió ser para asustarme, o se asomó buscándola a usted, y el susto padre lo recibí yo.

Una expresión de gran alivio dulcificó el rostro femenino.

—No fue entonces ninguna pesadilla, ni estoy loca. Al verme ante aquella horrible cabeza sonriente, que seguía emitiendo un susurro silbante, quedé paralizada, muda de terror, y caí al suelo, pero no había perdido por completo el sentido. Percibí el hálito quemante de una respiración cercana, y de pronto sentí un agudo pinchazo en el muslo derecho. Ya no recuerdo nada más, hasta hace escasamente una hora que recobré por completo el dominio de mis pensamientos. El doctor que me atendió dijo que la dosis no era mortal, pero que reiterada podría conducirme a un sanatorio mental.

—O sea que el mascarón pretendió que la consideraran una drogada.

—Y lo ha logrado. En mi muslo hay huellas de muchos pinchazos, para dar la impresión de que soy una morfinómana. Si hubiera querido matarme, me habría aplicado una dosis letal.

—¿Conoce al doctor King Colbert?

—Superficialmente. Lo traté en la época de mis relaciones con Roland. Rehuí inmediatamente su trato porque me pareció un

cínico engreído.

—Una carta firmada, pretende que usted oculta algo que justificaría los peores crímenes. Un secreto gravísimo.

El semblante de Laura Baxter reveló inquietud y temor. Su tez, ya lívida, adquirió un color cenizoso.

—¿Secreto? No comprendo...

Agitó Stevens el índice.

—Primera mentira, muchacha. Me doy cuenta sin ser psicólogo.

—No puedo, por ahora, responder a esa pregunta, Frank. Se lo ruego, créame. Lo que sí puedo jurarle es que no he cometido ningún crimen.

—Bruce Donovan ha aparecido muerto, despeñado en el «Mercury» de usted, con una muerte similar a la de Roland Anderson. Encontraron sus restos calcinados, esta madrugada.

Cerró ella los ojos, permaneciendo inmóvil largo rato. Sólo el vaivén de su busto revelaba la agitación interna. Por fin, murmuró:

—Pretenderán que yo... ¡Es infame! Ya cuando murió Roland, buscaron por todos los medios acusarme de su muerte.

—Ahora presumen que entre King Colbert y usted existe una complicidad basada en el temor de que sea revelado este secreto que no quiere usted declarar. Pasemos a otra cosa, mariposa. Trate de pensar en alguna persona que la odie tan profundamente, que desee amargarle cada minuto de su vida.

—Roger Anderson —contestó ella, sin vacilar.

—¿Su excuñado?

La mirada femenina rezumaba ahora rencor.

—Es el hermano gemelo de Roland. Me creyó siempre culpable del suicidio de Roland. Ya sabe que los gemelos se tienen un mutuo cariño excepcional. No es que me acuse de ser la autora directa de aquella muerte, sino de ser la causante moral, por desavenencias matrimoniales. Es un individuo reservado, taciturno, muy terco en sus obstinaciones.

—La policía lo ha convocado, porque se halla ausente. Tiene en su poder la prueba del secreto que comparten usted y King.

—Hay un error. Yo no tengo la menor relación con King...

Se interrumpió ella, pasándose la mano por la frente. No simulaba un mareo. Sus ojos se nublaron, y trémulos los gruesos labios, musitó:

—Me encuentro mal, Frank... Le suplico que me crea. No me deje sola. Venga a verme tan pronto pueda. Estoy muy sola. Descansaré un poco ahora.

Tocó Stevens el timbre y apareció la enfermera cuyas líneas eran un peligroso impacto para cualquier cardíaco en tratamiento. Tomó el pulso de la yacente, le alzó un párpado, y anunció con frialdad:

—Una reacción normal, sin importancia. Pero tardará unas horas en pasar de este sueño inconsciente al sueño natural. La desintoxicación produce este efecto.

—Volveré para verlas a ambas. Hasta luego, portento.

Sonrió la enfermera. Le gustaban los hombres con aspecto de soñador despistado.

—Estoy despistado, Trevor. Tras resumirle todo lo que me dijo, le repito que no mentía. Y no ocultó que hay un secreto que la tiene inquieta. No creo que sea cómplice de King.

Nat Trevor apuntó con el índice a Stevens.

—Progresas, amigo. Debe ser su persuasión con las mujeres la que le hizo conseguir que la viuda Anderson admitiera que existe un secreto en su pasado, y lo averiguaremos tan pronto llegue Roger Anderson.

—De Seattle a este despacho se llega en dos horas.

—Sí, pero no dan con el paradero de Anderson en Seattle. Hombre de negocios, que anda de un lado a otro, y se hace difícil localizarle. Voy a hacerle una revelación que no debe propagar, porque no es propia de un sabueso como yo. No me agrada la actitud de Colbert. No es la propia de un criminal complicado de mente, al verse descubierto. Reacciona como un hombre abatido, cansado, deseoso que le dejen en paz. Ante los restos de Bruce Donovan, se limitó a identificarlo, sin protestas de inocencia, sin alborotos.

Stevens comentó:

—Todo señala hacia él, todas las flechas le apuntan.

—Precisamente por esto mismo. Es inteligente. Si borra huellas en el rifle, ¿dejará colillas de su tabaco poco común? Es un sibarita, le sobra dinero, y no es un temperamento propenso a vulgaridades normales, como el ser vengativo, o complicarse en carnavaladas. No encaja en esta serie de hechos propios de una mente maligna y desequilibrada.

Volvió a apuntar su índice hacia Stevens.

—Sondee a Vivian Holden. Trate de ver si dijo la verdad. Por las buenas no conseguirá nada, ni yo como policía. Imaginemos un medio que surta un efecto difícil; lograr que una mujer dueña de sí misma no se escude tras la mentira, sino que cante de plano. Imaginemos algo eficiente...

Vivian Holden se contemplaba en el reflejo de los tres espejos que de frente y lateralmente reproducían su imagen entera. Le agradaba aquel juego interior de negro encaje.

Era curioso que los hombres experimentasen aquella atracción hacia el fúnebre color negro. Debía ser porque hacía resaltar la blancura de la piel, o tal vez por la ancestral sensación de refugio que daba la negrura de sus cuevas-hogar.

Tintineó el timbre de la puerta, y extrañada miró su reloj. No esperaba ninguna visita y su amiga Judith tenía llave.

Se echó un batín y anudándose flojamente el cinto, fue a abrir.

Miró interrogativa al desconocido, que echada casi sobre los ojos el ala delantera del fieltro, dijo en tono perentorio:

—Conviene mucho que me oigas, preciosidad.

Empujó ella la puerta, dispuesta a cerrar, pero el zapato de Frank Stevens actuó de cuña, y acentuando la mueca torva, procuró Stevens recordar el estilo de Mitchum y otros «malos» de la pantalla.

Tendió el brazo y aplicó de piano la palma de la zurda contra el hombro de Vivian Holden, empujándola suavemente.

—Quietud, calma y boquita cerrada, hermana. Tengo el gatillo nervioso.

Dilató Stevens el puño cerrado hundido en el bolsillo derecho de su americana, y Vivian Holden retrocedió lentamente, mientras el visitante, cerrando la puerta con el tacón, se adosaba a ella, y anunciaba con voz nasal, gangosa:

—Llámame Duke, guapaza. Y pórtate suave. Nada de chillidos o me pongo muy nervioso, ¿te enteras?

Recuperada la serenidad, replicó ella desdeñosa:

—Se equivocó de piso, Duke. No me relaciono con hombres de su calaña. Váyase, o telefoneo a la policía.

—Y te tragas el teléfono, ricura —masculló Stevens, sintiéndose íntimamente asqueado por su interpretación del «duro» repelente.

—Usted dirá lo que se propone. Le advierto que de un instante a otro vendrá un amigo mío.

Por unos instantes, el «recio» ejemplar del hampa se convirtió en un varón normal, hasta que elevando la vista al techo, anunció:

—El chanchullo que me trae es sencillo; o te ganas un par de miles o comerás malvas por las raíces. Me envía Joe Rinaldi.

Un *gángster* temible había expuesto Trevor. Aparecía citado con frecuencia en la Prensa, por su habilidad en forjarse coartadas a toda prueba.

—¿Joe Rinaldi? —repitió ella pensativa. Recordaba haber leído varios reportajes sobre aquel personaje—. No le conozco de nada.

—Y eso a él le importa un pepino. De vez en cuando necesita alguien como tú, y por eso tiene tu ficha. Gran dama, mosquita muerta, de las que las matan callando, pero respetable por la «bofia».

—Pocas cosas me asombran ya —sonrió ella, ajustándose los pliegues del batín, y yendo a sentarse en un sillón. Cruzó las piernas enfundadas en nylon gris oscuro—. Se cansará allí de pie, joven.

Frank Stevens se aproximó, sombrío el semblante. Apoyó la zurda en el brazal del sillón ocupado por ella, y avanzando el torso, masculló:

—Ojito con tomarme a guasa, jamoncita. Hace tiempo que no arreo tortazos sabrosos a mancebas orgullosas. Al grano y trata de captar bien la onda. Ayer tarde estuvo aquí en tu piso Joe Rinaldi. Cuando te pregunten, darás detalles a modo. Aquí están apuntados por el jefe.

Cogió ella maquinalmente el papel que tendía Stevens y leyó en voz alta:

—«Joe llegó hacia las cuatro y media de la tarde del viernes, doy clases de baile y de modales. Viene sin fecha fija. Se limita a telefonearme. Hacia las cinco y media quiso comer algo, y le preparé su plato favorito; *espaguetti* a la napolitana. Bebió “Asti” espumoso».

Acotó Stevens:

—No creo que vengan a preguntarte nada, pero conviene tengas un par de frascos de «Asti» espumoso y algún paquete de tirillas de pasta. Sigue enterándote.

—«“Asti” espumoso y café fuerte. Tres tazas. Quiso oír discos de

ópera. Se marchó poco después de las seis».

—Dentro de un par de horas recibirás la maquinilla para *café-express*, y discos de berridos con música.

—Es que no puede ser —replicó ella.

Alzó Stevens la zurda amagando un bofetón en revés. Se encogió ella, levantando un codo.

—Por favor, no se enfade, Duke. Es que ayer tarde precisamente, estuve aquí en mi piso con alguien, entre cuatro y media y siete. Y este alguien es un personaje que si lee que yo estuve con Rinaldi, declarará que es mentira, considerándolo su deber de ciudadano.

—Lo ablandaré a modo. Descuida, sabrosa. Salgo de aquí, le agarro por la solapa, y verás cómo se calla. ¿Quién es el tipo que estuvo contigo de cuatro a siete, ayer viernes?

Un íntimo resentimiento de mujer contra uno de los hombres convencidos de que todo se compra, hizo que Vivian Holden considerase agradable la perspectiva de que Duke «le agarrase por la solapa».

—Se llama King Colbert y es médico. Será difícil que pueda usted asustarle.

—De eso me encargo. Además, es muy posible que no aparezca nada en los periódicos. Se trata entonces de que el matasanos Colbert no diga nunca que estuvo aquí contigo de cuatro a siete de la tarde. Hecho. Se encarga éste nene.

Y Stevens se tocó el pecho, palpándose el bolsillo superior de la chaqueta, cerrando el dispositivo que hacía funcionar el minúsculo grabador «Minifón», oculto en el bolsillo.

Se llevó el índice al ala del fieltro.

—Me largo, hermosa. Es una lástima que esté de servicio. Se despepita uno contemplándote.

Sonrió ella tenuemente. Un tipo como aquel Duke formaba un agradable contraste con los Adanes que solía soportar. Y a él no sería posible engañarle haciéndose pasar por honestísima y difícil de conquistar.

—Un momento, Duke. Me prometiste dos mil dólares, si aceptaba.

—Te los traerán con los discos y la maquinilla. Pero ojito con jugar sucio con Joe. Tiene anginas y eso no lo traga.

—Yo cumpliré y deseo que Joe quede contento —afirmó ella.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿no? —insinuó Duke.

Da puerta fue abriéndose lentamente y al oír pisadas, Vivian Holden miró por el espejo. Sobresaltada, forzó una mueca amable.

—King... No te esperaba...

King Colbert ostentaba un rictus desdeñoso. Dejando el maletín profesional en un sillón, se sentó a un lado del tocador, y sus palabras brotaron mordazmente ásperas.

—Eres un prodigio de falsedad. Nunca he pegado a una mujer, pero tengo que hacer ahora un gran esfuerzo para contenerme, para no ensuciarme las manos. No logro comprender por qué negaste mi presencia aquí ayer tarde. Sólo cabe una explicación. Alguien, deseando comprometerme, te pagó para que mintieras.

—Escucha, King... Me vi obligada. Tengo buena fama y no quiero perderla. ¿Qué dirían en mi círculo de amistades si supieran que tú...?

Hizo ella un gesto patético, y su voz sonaba apenada.

—He pasado unas horas atroces, pensando en tu enojo.

—No me supongas tan estúpido. Me gustabas y encontraba casi placentera tu fingida gazmoñería, pero ya voy viendo claro. Eres una criatura venal y despreciable, pero lo celebro. Pide lo que quieras, y lo pagaré. Pero te retractarás ante el sargento Trevor.

Meditó ella unos instantes. No podía «jugar sucio» con Joe Rinaldi.

—Lo siento, King. Me es imposible.

Una llave se introdujo en la cerradura, y giró lentamente. La puerta cedió con suavidad.

—No me exasperes, Vivian. Te obligaré como sea a que declares la verdad. Piensa que también yo tengo un círculo de amistades, y puedo propagar la clase de hipócrita mujerzuela que eres...

Una mano enguantada de negro reptó por un lado de la puerta de la alcoba. Tocó el interruptor y la luz se apagó.

Una sombra negra se abalanzó, aplicando un golpe certero en la cabeza de Colbert, que se había incorporado. Chilló Vivian agudamente, oyendo un forcejeo y la caída de un cuerpo.

Tanteó febrilmente en busca de la perilla de la mesita. Encendió y sus ojos se posaron en la redonda faz blancuzca que la contemplaba con espeluznante sonrisa, fulgurantes ojos rojizos y absoluta inmovilidad. La garganta de Vivian Holden se negó a

emitir ningún sonido. Tambaleándose, intentó ponerse en pie, adelantadas las manos, en gesto de repeler aquella visión de pesadilla.

Cayó al suelo sin sentido. Una de sus manos rozaba el cuerpo de King Colbert.

CAPÍTULO X

El sargento Trevor iba colocando en el grabador reproductor, el alambre magnetofónico, mientras le explicaba Stevens:

—Puse el contacto únicamente en el momento en que Vivian iba a hablar cosas jugosas para usted. Los preliminares no interesaban.

Trevor hizo funcionar el grabador. La voz de Vivian dijo:

«Es que no puede ser».

La pausa se prolongaba. Stevens hizo un ademán de espera. Aquel espacio silencioso lo ocupaba el gesto de Duke, amagando un revés que impresionó a Vivian, la cual prosiguió:

«Por favor, no se enfade, Duke. Es que ayer tardé precisamente, estuve aquí en mi piso con alguien, entre cuatro y media y seis y media. Y este alguien es un personaje que si lee que yo estuve con Rinaldi, declarará que es mentira, considerándolo un deber de ciudadano».

La voz de Stevens sonó gangosa, amenazadora:

«Le ablandaré a modo. Descuida, sabrosa. Salgo de aquí, le agarro por la solapa y verás cómo se calla. ¿Quién es el tipo que estuvo ayer contigo de cuatro a siete, ayer viernes?».

Al terminar la audición, cerrando el circuito, sonrió Trevor.

—Es usted un genio, Stevens. Ha logrado algo sólido y que confirma mi teoría. Alguien pagó a Vivian, alguien que quiere ver a King en la silla de los calambres...

Se interrumpió tendiendo la mano hacia el teléfono. Escuchó, hizo una mueca sorprendida, lanzó una imprecación, se arañó furiosamente el pescuezo, volvió a imprecar, y por fin dijo bruscamente:

—Siga allí, Perkins. Llame al forense y al equipo. No se mueva para nada hasta que yo llegue.

Colgó y poniéndose en pie comentó pensativo:

—No encaja, no encaja y sin embargo, esta vez ni el más

elocuente de los abogados defensores le salva la piel a King Colbert.

Frank Stevens, siguiendo al sargento por el pasillo, pidió:

—¿A qué viene este galope? ¿Dónde va?

—¡Vamos! —rectificó Trevor, corriendo hacia el patio e instalándose en el coche de servicio. Apenas se sentó Stevens, el coche arrancó tras darle Trevor una dirección al agente conductor.

—Oiga, ésta es la dirección de Vivian Holden, precisamente —manifestó Stevens.

—Recapacitemos. A las cinco y cuarenta de esta tarde, el agente Perkins al que había encargado la vigilancia discretísima de King, le ve entrar en el número dieciocho de Riverside Square. Espera a que suba el ascensor, y acude presuroso, para ver que la luz del tablero se detiene en el piso catorce.

—Donde reside Vivian —asintió Stevens, evocándola gratamente.

—Perkins sube y se coloca en el rellano, de modo a que si sale alguien del piso catorce, él pueda verle, pero sin ser visto, un momento, ¿a qué hora salió usted del catorce?

—Pongamos a las cinco y cinco, ya que miré el reloj en la calle y eran las cinco y ocho minutos. Pero, bueno; lo que dijo usted de King y del forense me tiene...

Nat Trevor abanicó el aire con la mano. Parecía hervir de impaciencia.

—Perkins dice que no llevaría ni dos minutos esperando, cuando recibió por la espalda un trompazo bestial que lo tumbó boca abajo. Calcula que tardaría sus buenos diez minutos en poder ser por completo dueño de sus ideas, y sacar deducciones. Lo que deduce es que King Colbert, dándose cuenta que él le vigilaba, marcó el piso catorce, pero bajó a pie al piso inferior, y le cayó por la espalda. Muy posible.

—Usted mismo afirmaba hace poco que Colbert era inocente.

—Pero en este nuevo asunto existen circunstancias distintas. Estaba furioso contra Vivian... Pero volvamos al hecho. Acabando de despejarse, Perkins vio la puerta del catorce abierta. Entró y el cuadro que se le ofreció a la vista le dejó atontado de nuevo. King estaba tendido en el suelo, con la frente rajada. Vivian, también en el suelo, empuñaba en la diestra un candelabro de adorno de la mesita-tocador. Sangre en el candelabro. Y la única sangre que hay

en aquella alcoba es la que manó de la grieta en la frente de King Colbert.

—Pero usted me dijo que ni Demóstenes con toda su elocuencia le podría salvar la piel a King.

—No está muerto. Sólo conmocionado, y Perkins, para evitarse un segundo piñazo en la cresta, le puso las esposas.

—Entonces. ¿Vivian...?

—Muertísima. Estrangulada. Ahora deduzca usted por sí mismo.

—Así a primera vista, cualquiera diría que King se encrespó y perdiendo el control, agarró por la garganta a Vivian. Ésta en los últimos estertores pudo coger un candelabro y le pegó a King, con las fuerzas que le quedaban, en plena frente.

—King ostenta una hinchazón en la coronilla.

—Al caer atrás, hizo carambola. Diantres, me estoy endureciendo en su compañía, mi sargento. Hace apenas una hora, allí estaba Vivian, tan sabrosa, tan plena de vitalidad, tan ardorosa...

—¿Cómo, ardorosa? —rezongó Trevor, extrañado.

El coche se detuvo ante el número 18 de la plaza Riverside. Por el desierto vestíbulo, yendo hacia el ascensor, expuso Stevens:

—Hice tan a lo vivo mi papel de becerro, es decir, de *gansgter* sin el menor escrúpulo, que la pobre mujer, que por entonces aún estaba muy rica, me comunicó sus ardores, ¿comprende?

En la caja metálica, que iba subiendo pisos, gruñó Trevor:

—No me considero responsable, aunque en un principio esto me atosigaba. Pero es que yo no podía retener a Colbert, ya que no tenía ninguna prueba concluyente en contra suya. Usted oyó que Bruce mencionaba a King. De acuerdo. Pero no vio a King. Bruce por carta, acusa a King; pero Bruce ha muerto.

El ascensor se paró en el rellano catorce.

La mujercita que en el garaje descendió del «Pontiac», era todo un encanto para la vista.

Cimbreada, de claros cabellos rubios, y finas facciones. Un cuerpo delicioso, de gráciles curvas.

Recogió su bolso del asiento del coche. Un bolso grande, con una inicial compuesta por piedras azules: una «J».

Subió ella dos peldaños, apagó la luz del garaje, y entró en la

gran sala que era cuarto de estar y mirador. Su gran ventanal proporcionaba una panorámica del océano.

Tras el bar instalado en una esquina, un individuo de unos treinta años, moreno, vestido con elegancia sobria, contempló a la que entraba, y sus ojos negros, aterciopelados, expresaban dos sentimientos: adoración y recelo.

Porque estos dos sentimientos eran los que se alternaban constantemente en su intimidad.

—Sé que eres una maravilla de inteligencia, Dafne —dijo él a modo de saludo—. Pero no lo puedo evitar; siempre que estás fuera, y pasan las horas aquí en espera angustiosa para mí, me devora la impaciencia y la inquietud.

—Un tónico lo arregla todo, Bruce —sonrió Dafne, y abriendo el bolso mostró el interior a Bruce Donovan—. Cesó la inquietud. No tendré que efectuar más apariciones.

Escanciando ginebra en dos copas, inquirió Bruce Donovan:

—¿El dominó, la media?

—Me sirvieron por última vez y definitivamente. Serán el complemento final, que acabará para siempre con King Colbert.

King Colbert, desmadejado en un sillón, esposado, alzó lentamente la cabeza.

Frente a él, el sargento Trevor manifestó:

—¿Y ahora qué, doctor? La alcoba ha quedado despejada. Les del equipo han comprobado las posiciones de usted y Vivian. Todo coincide. Las huellas de Vivian en el candelabro, y la sangre que mancha el candelabro es la de su frente, doctor.

King Colbert iba denegando en silencio, con lentas cabezadas, como un hombre pugnando por salir de entre la más espesa de las nieblas.

La voz del sargento Trevor, dura, cáustica, persistía:

—¿Y esto, doctor? ¿Lo reconoce?

—Es mi maletín. Lo llevo siempre conmigo, por si tengo llamadas de urgencia.

El sargento Trevor abrió el maletín colocado sobre la mesatocador. Extrajo un sedoso tejido negro, ahuecándolo en el aire. Comentó:

—Un dominó. Cierra en el cuello, tiene mangas amplias, cubre completo desde la nuez a los tobillos, y de noche envuelve

totalmente un cuerpo humano, convirtiéndolo en una sombra más entre las sombras. Un disfraz perfecto.

King Colbert repetía sus denegaciones de cabeza, con alelamiento.

Dejando el dominó sobre la mesa, añadió Trevor:

—Ocupa poco espacio y... esto también.

Mostró algo flácido, sacándolo empuñado del maletín. Una estopa colgando en negras guedejas cosidas a una malla gris claro. Ensanchó la malla entre sus dos manos introducidas dentro del tejido, y aproximándose, dijo con sequedad:

—No se mueva ni se oponga, doctor. Prefiero no tener que emplear la fuerza.

Trevor alzó entre sus dos manos el extraño objeto. Pareció hundirlo en torno a la cabeza de Colbert. Atrajo hacia abajo, alisó, y retrocediendo un paso examinó críticamente el resultado.

Hasta entonces, su propio cuerpo cubría la visión del que, sentado, quedó con el rostro totalmente enfundado en la malla.

Se apartó Trevor a un lado, y Frank Stevens mirando la espantosa faz artificial que recubría la del médico, silabeó rencoroso:

—El condenado mascarón... Con el dominó, ¡la cabeza flotante!

Como un maestro aleccionando a un discípulo, fue explicando Trevor.

—Una media de nylon cortada en la sección superior. El color gris claro producía estas manchas cenizas a las que aludió Stevens. Y achata las facciones sobresalientes, como la nariz. Redondea el óvalo por presión. Hace puntiaguda la barbilla al presionar la parte menos voluminosa de la cabeza. En su parte superior está cosida una badana, que cubre los cabellos naturales del que se encasqueta esta malla finísima. En la badana están cosidas unas hilachas de estopa, teñidas de negro. Ahí tiene la cabellera lacia de su mascarón, Stevens.

—¿La boca gruesa, con la mueca asquerosa? —indagó Stevens, aproximándose más al sillón.

—Bordada con hilo rojo en la malla, Y estas pupilas redondas, sanguinolentas, son dos lentejuelas de metal rojo, cosidas. Dos hilos negros bordados en diagonal hacia las sienes, fingen las cejas sesgadas. Indiscutiblemente, esta carota produce tembleque, y de

noche, la veo yo, y estoy lanzando bramidos durante una hora.

Bruce Donovan apuró un sorbo de ginebra, y Dafne Colbert, mirando al trasluz el blanco licor, comentó sonriente:

—Cuando encuentren la máscara y el dominó que dejé en el maletín de King, el caso quedará concluso. Todos los eslabones se apretarán asfixiando al hombre superior, al hombre ecuánime, al que un día cometió la peor canallada que pueda cometerse —y tembló la diestra femenina que sostenía la copa.

—Debes tratar de olvidarlo ahora —aconsejó Donovan.

—Por más que lo intento, nunca puedo borrarlo de mi mente. Mi propio hermano diciéndole a Roland Anderson que yo era una «esquizofrénica peligrosa», una «gatita que podía ser tigre feroz», una «mujer incapaz de ser madre». Y Roland, que pensaba casarse conmigo, desde aquel día ya no quiso verme.

—Habla de otra cosa, Dafne. Te mortificas recordando.

—Roland era el primer hombre en mi vida, Bruce. Nadie sabía que nos entrevistábamos y que nos amábamos, porque por entonces, Roland no poseía fortuna, y no quería que nadie pudiera pensar que era mi fortuna la que le atraía. Nadie supo lo ocurrido. Sólo Roland, King y yo.

Bebió ella un poco de licor, y su voz se hizo más silbante.

—Fueron días y noches meditando en cómo podría yo hacer sufrir lo que yo sufría a los dos causantes principales de mi desdicha: King y Laura. Si Laura no hubiese atraído a Roland, si no le hubiese seducido, poniendo en juego todos sus recursos de mujer, Roland habría vuelto a mí.

Bruce Donovan se daba cuenta que ella estaba como en estado de trance hipnótico, entregada por entero a sus evocaciones.

—Le pedí a Roland que me llevara en su coche a Hoyo Solitario, donde tenía yo una cita con una supuesta amiga, me costó hacerle daño. Pero la idea de que pertenecía a otra mujer me dio fuerzas. Le golpeé, y despeñé su coche. Deseaba que Laura fuese acusada de su muerte, pero ella logró salir libre. Fingí desaparecer, proporcionándome una nueva identidad, transformándome por completo, poco a poco. Siempre acechando a King y Laura. Yo tejería lentamente el sudario para Laura, la iría envolviendo poco a poco en un sudario de agonías, en una mortaja de terrores, enloqueciéndola progresivamente, viéndola sufrir mil muertes...

Apuró ella de un sorbo el resto de su copa. La expresión malévola de su rostro cambió bruscamente, convirtiéndose en alegre.

Se sentó en el respaldo del diván en que se había instalado Bruce Donovan y dijo con voz acariciadora:

—Me confesaste que a veces te produzco escalofríos, Bruce.

El rió con aparente despreocupación.

—Me tienes seducido, Dafne, y soy tu esclavo; pero no me negarás que progresivamente has ido cometiendo acciones que no figuraban en el programa que me presentaste en París. Cuando te conocí en París, me dijiste que llevabas tiempo vigilando a Laura, y que tuviera cuidado con ella. Lograste convencerme.

—Naturalmente, cariño —rió ella burlonamente—. Te ofrecí un millón si me ayudabas en todo.

—Aparte de esto, ya me tenías fascinado —sonrió él—. Estuviste, como siempre, acertadísima al suponer que Laura haría investigar en el Banco el estado de mi cuenta corriente.

—Laura... Salvo King, ninguna persona me ha inspirado tanto odio. Ella convirtió en un pelele a Roland.

Pero no era esto lo que iba a decirte. Recordé al pintor vagabundo.

—¿Frank Stevens? Indudablemente, su presencia fue oportunísima. Era un testigo con el cual no contábamos. La carta la habría dejado en cualquier otro sitio, pero ya en la cabina, decidí colocarla en su saco.

—Y estuviste acertado. Como remate aún más acusador para King, recuperé la carta. Según la policía, ¿quién sino King tenía interés en recuperar la carta acusadora, que ya había leído el inocente Stevens? Es un hombre totalmente cabal, es decir, sin complicaciones cerebrales, muy crédulo.

—Si lo hubieses visto... —rió Donovan—. Me tranquilizaba, me protegía, y a la vez me miraba con cierto desprecio, extrañado ante mis demostraciones de pánico. Quedó convencidísimo de que mi terror era de los que enloquecen.

—De algo habían de servirte tris años de actor universitario. Esta noche a las diez tengo que visitar en su estudio a Stevens. Quiere que atestigüe que esta madrugada, a primera hora, le visitó King.

—Yo en tu lugar, no iría, Dafne. Stevens puede tener sospechas de ti.

Ella rió alegremente:

—¿Stevens, sospechas...? Aparte de que es, como te dije, el varón cien por cien cándido y galante, mi explicación le convenció plenamente. Soy para él, como lo era para Vivian, una mujercita caprichosa llamada Judith, que deseaba aislarse en su piso.

Contorneó ella el diván y vino a sentarse en las rodillas de Donovan, cuyo cuello enlazó mimosamente, susurrándole:

—Es curioso, Bruce; pero disponer de las vidas ajenas produce una embriaguez única, voluptuosa, especial... Como te decía, Vivian aceptó lo que le propuse, Pero a la larga habría hablado, nos habría comprometido. Precisamente se disponía a revelar con seguridad que era yo quien le pagó para mentir, cuando la visitó King. Ya no hay ningún peligro, Bruce. Las únicas dos personas que nos podían descubrir eran Roger Anderson y Vivian Holden. Y el silencio de los muertos, es nuestra mayor garantía, cariño.

Aplicó ella con fuerza sus labios sobre los masculinos. Bruce Donovan reprimió un estremecimiento, que no era precisamente de placer sino de leve miedo.

Tras el largo beso, ella sonrió, diciendo:

—Me causas gracia, Bruce. Antes dijiste que convenciste al pintor de tu pánico, bien simulado —y el delicado semblante femenino hizo una mueca perversa—. Pudiera ser que no fingías el pánico, y mis dos disparos te asustaron de veras. Pudiste pensar a lo mejor que tu cadáver sería la prueba más acusadora contra Laura.

Bruce Donovan manifestó:

—Tengo prisa por abandonar California.

—Estás muerto, querido —rió ella con cierta estridencia—. Tu reloj, tu medalla, tus documentos de identidad que cayeron del coche, al parecer en el despeñamiento, pero porque los tiré yo en la hendidura, y toda tu ropa, que me cuidé de revestírsela a Roger Anderson. En fin, para la policía, te has convertido en la segunda víctima de King y Laura.

—Pero cuando no aparezca por ningún lado Roger Anderson —arguyó él.

Rió ella nuevamente con estridencia.

Bruce Donovan se escanció otra copa. La mujercita que vino a

proponerle aquel extraño trato en París había ido evolucionando peligrosamente. ¿Había acertado en su diagnóstico de «esquizofrénica peligrosa» el doctor King Colbert?

CAPÍTULO XI

Frank Stevens daba los últimos retoques de color al lienzo. Una reproducción exacta de la ingeniosa máscara.

Era fantástico. Un hallazgo perfecto. Cualquier rostro podía ocultarse bajo «aquello», y cualquier cuerpo podía disimularse bajo un flotante dominó negro.

Pincel y paleta en una mano, acudió a abrir la puerta.

Dafne Colbert, deliciosamente candorosa en su vestido de noche de un gris plateado, entró con grácil femineidad.

—Buenas noches, Judith. Puntual como mi casero.

—Tengo una cualidad y varios defectos. No sé si es un defecto el que a veces mi sinceridad resulte chocante. ¿Recuerda mi despedida?

—Bueno... Me halagó sobremanera. Y es recíproca la atracción. Me agradaría que posara para mí.

Dejando un pequeño bolso plateado y la esclavina de pieles sobre el diván, se aproximó ella para contemplar el lienzo en el caballete. Musitó con expresión horrorizada:

—Esta cara es repulsiva, Frank. Como el sueño de un loco. ¿Quién le sirvió de modelo? ¿Una cabeza de caníbal? ¿Un ídolo azteca?

—Una bruja.

—A su edad es risible que crea usted en brujas —reprochó ella riendo.

—Cierta tarde tuve una alucinación. Figúrese que me hallaba en un lugar pleno de solitud poética a la hora en que el crepúsculo funde sus azules diáfanos con el metálico negror de la noche incipiente llenando de tenebrosidades difusas los contornos.

—Relata usted con arte —sonrió Dafne, mientras encendía un cigarrillo.

—De pronto, tras los cristales de una ventana, esta carota que

aquí he tratado de reproducir, apareció mirándome fijamente, con inmovilidad absoluta, como una cabeza flotante de bruja, que contuviera toda la infinita perversidad de los malos espíritus.

—Debió producirle una impresión muy desagradable.

—¿Desagradable? Pasé unos momentos convertido en un puro paquete de nervios desatados, como un violín con las cuerdas que han estallado y sólo emiten un eco chirriante y quejumbroso... Bueno, hablemos de otro tema más simpático. De usted, por ejemplo.

—Sobrará tiempo para ello. ¿Era una alucinación?

—Provista de puños. La segunda vez que se presentó, fue precisamente aquí. No empleó los puños. He deducido que empleaba algo compacto, fácilmente transportable. Posiblemente, eso que los técnicos llaman instrumento romo y contundente, fue la culata de un revólver. Lo cierto es que me arreó un piñazo en plena caja del pan. El segundo toque, en el cogote, debió ser con el canto de la mano. Un golpe de judo, que hasta conocen ya las ursulinas. Cuando usted asomándose, creyó que yo dormía, lo que me pasaba es que estaba aún bajo los efectos del doble impacto.

—Entonces, ¿era un hombre enmascarado? —insinuó Dafne.

—Era una persona encapuchada con un trozo de media y camuflándose el cuerpo como un dominó negro. Por cierto, la policía ha detenido a King Colbert, el hombre que vio usted salir anoche de este caserón.

Fue ella a sentarse, y cruzando las piernas, sonrió:

—No considero a King un hombre predispuesto a enmascararse y hacer cosas semejantes, impropias de un carácter tan positivo como el suyo.

—La policía anda a la caza y captura del cómplice de King.

—Ah..., pero ¿tenía un cómplice? ¡Qué interesante! ¿Y de quién sospecha la policía?

—De una mujer —silabeó Stevens, en pie frente a ella.

—Más interesante aún. ¿Por qué llegó la policía a la conclusión de que había una mujer mezclada en las andanzas de King?

—Por aquello... —Y señaló Stevens la máscara del lienzo.

—No entiendo. La máscara no tiene nada de femenino, precisamente.

—Mucho. Un hombre no se dedicará a bordar una media con

hilo rojo y negro. Pintará, hará pegotes, cualquier chapucería, menos bordar. Pero vayamos por partes. La policía comprobó que King no podía estar en dos sitios a la vez. No podía estar en cierto chalet entre las cuatro y siete de la tarde, ya que a estas mismas horas le hacía la rosea a determinada mujer. Y aquí viene la máscara. Si yo la vi ayer tarde, no podía cubrir el rostro de King, puesto que éste, como le digo, se hallaba haciéndole morisquetas a una Eva.

—Posee entonces una buena coartada —insinuó Dafne—. Este King es listo, convincente y muy persuasivo, cuando se lo propone.

—Yo mismo pude comprobar que no era una coartada inventada por King, puesto que la mujer, que se llamaba Vivian Holden, mintió primero al decir que no había estado con King. Luego fui yo a ver a Vivian, y empleé un sistema especial que dio buen resultado. Vivian me confesó que King decía la verdad.

—Entonces. ¿Vivian era la cómplice de King?

—¡Ni hablar! Éste es un caso que desafía a las mentes más despejadas, y hasta la persona más sensata, tratando de resolverlo, se vuelve..., ¿cómo diría yo...? ¡Esquizofrénica!

Respingó violentamente Dafne Colbert, dilatando los ojos, crispadas las delicadas facciones.

Frank Stevens se acarició la barbilla. Se sentía satisfechísimo, como un niño que a ciegas lanza un dardo y acierta en plena diana.

—¿Qué le ocurre, Judith? En un instante han cambiado los planos de sus rasgos faciales. Donde había dulces contornos, se plasmaron duras angulosidades. Donde alentaba la tenue sonrisa de unos labios candorosos, se presentó la fea crispación de una boca cruel...

Dominándose, esbozó ella una mueca burlona.

—Dos pintores tienen una imaginación portentosa. Y deberían saber que a veces, una refracción de luz cambia los rasgos.

«Sí, sí pero no —meditó Stevens—. La mención de la esquizofrenia te ha puesto más rabiosa que el bizco al que llaman vizconde». Dijo:

—Tiene razón, Judith.

—¿Cruel, yo? —Y avanzó ella los labios en mohín mimoso—. ¿Le parecen crueles mis labios?

—Lo son ahora porque brindan, tientan y prometen, pero

¿cumplirán?

Persistían los labios femeninos en su saliente redondeo invitador, y las largas pestañas aletearon asintiendo.

Apoyando las manos en los brazales del sillón, inclinó Stevens el busto.

Su boca besó con suavidad. Sus ojos escrutaban fijamente las pupilas femeninas, brillantes, lisas, de un azul oscuro, pero inerte, como carente de vida propia.

El beso se hacía insistente. Empezaba a despertar las fibras sensuales.

Retrocedió Stevens, pesaroso. Quería conservar la mente despejada.

Sonriente, comentó ella:

—Espero haber logrado borrar la supuesta crueldad de mis labios, Frank. Tras este delicioso intervalo, hábleme de la cómplice de King.

—La policía se relame profesional y varonilmente enfocando a Laura Baxter.

El semblante de Dafne irradió íntima complacencia.

—¿La conoces? —preguntó él.

—Superficialmente. ¿Dónde vas?

Dirigiéndose a la cocina, explicó Stevens:

—Puedo prepararte un combinado. En tu honor, adquiriré unas copas de lujo.

—Agradezco la atención.

Preparando la mixtura de Martini, ginebra y limón, calculaba Stevens que apenas obtuviera la impresión de los dedos de «Judith» en una de las copas de finísimo cristal, efectuaría el segundo movimiento de su plan. Y tan pronto hubieron bebido, mientras ella sostenía aún entre los dedos la copa, miró Stevens repentinamente su reloj.

—El tiempo vuela en tu compañía, Judith. Tengo que entrevistarme con el sargento Trevor. Me citó para las once. Un trámite pendiente. ¿A qué hora vuelvo a verte?

Ella depositó su copa sobre el tablero y dijo:

—Esta noche me siento cansada. Pero podríamos vernos a cualquier hora de la mañana.

«Para que te vaya contando la manera cómo Trevor anda

patinando», pensó Stevens, diciendo:

—A las diez aquí mismo, si te parece, o en tu casa si lo prefieres.

—Verás... Mis padres son algo anticuados, ¿sabes? —rió ella—. Y en casa desempeño el papel de muchacha seria. ¿Te llevo en mi coche, Frank?

—No está lejos, y además, como siempre que vuelvo a la ciudad, alquilé un cacharro para desplazarme.

En la calle se dirigió ella a un «Pontiac» azul, cuya portezuela abrió Stevens. A su lado, alzándose sobre la punta de los pies, brindó ella nuevamente los labios.

Respingó levemente Stevens al sentir que los dientes femeninos se hincaban en su labio inferior.

«Maldita tigresa esquizofrénica... Conviene que te encierren pronto en una jaula, caramba», y apartándose, manifestó:

—La noche se me hará eterna en tu espera.

Una cursilería espantosa, opinó, pero surtía efecto, porque ella, sentándose tras el volante, le dedicaba una sonrisa muy prometedora.

Apenas el «Pontiac» dobló la esquina, se abalanzó Stevens al «Ford» estacionado en el espacio entre el caserón número 113 y la casa antigua.

Manipuló frenéticamente, exasperado ante la tardanza del motor en responder al contacto y al embrague. Por fin arrancó, pisando a fondo el acelerador.

Conduciendo, Stevens procuraba mantenerse a unos treinta metros tras la estela de la luz piloto del «Pontiac».

Empezó a hablar nerviosamente:

—Diste, en la tecla, Frank. Resultó un éxito esto de la «reductio ad absurdo» que creo dicen los matemáticos cuando han de resolver un problema peliagudo. Premisa: Si me pongo una máscara es para ocultar mi cara verdadera. Croquis adjunto al problema: La máscara tiene labios gruesos y cabello negro. Pregunta: ¿Cómo es mi cara? Respuesta, señor profe: Todo lo contrario. Será de labios finos y cabellos rubios...

El motor del «Ford» emitió ruidos muy semejantes a toses de asmático.

—Epa, epa, potingo —rezongó Stevens—. No me estropees ahora la «reductio». Estoy siguiendo a un fenómeno y no quiero que

se me pierda de vista. Necesito saber dónde se esconde la «desaparecida».

El «Ford» ronroneó normalmente. El «Pontiac» penetraba por una avenida que en descenso conducía al litoral sur de la ciudad.

—Lo que me reventó fue el retrato. Esperaba ver a Judith... Pero luego recordé los anuncios de Eva en una silueta doble. Una con carnes sobrantes y el letrerito: «Antes». Otra, estilizada y luciendo la triunfal etiqueta: «Después». Un tratamiento x, y la carne se funde como la mantequilla. Un tinte rubio y ya tenemos a la morena gordita convertida en esbelta rubia.

Frank Stevens apartó un poco el pie del acelerador. El «Pontiac» se internaba por las alamedas de una zona residencial de chalets. Solitarias, sin tráfico. Allí convenía distanciarse. No perdería de vista en aquel lugar el reflejo de los faros y la luz piloto.

Continuó hablando para sí:

—Los ojos me tenían frito. Grises y claros en la foto. Pero hojear revistas instruye, si los anuncios le atraen a uno por el dibujo y el colorido. «Las gafas afean y molestan. Sea bella. Use lentes de contacto». La chispa luminosa, el «eureka»: Dos pedacitos de cristal tenue, que puedan teñirse de azul intenso... Llegó la tigresa a su guarida.

El «Pontiac», descendiendo por una depresión del terreno, desaparecía bajo el piso de un chalet.

Garaje en el sótano y detuvo Stevens su «Ford» junto al seto de la alameda.

Bajando recorrió con zancada rápida los cincuenta pasos que le separaban del lugar donde el «Pontiac» había desaparecido.

Llegando a la rampa asfaltada de descenso, pisó el césped dirigiéndose a un lado del edificio. Las fachadas laterales estaban totalmente a oscuras.

Pero en la parte delantera, el césped del suelo se aclaraba por la refracción de la luz. Contorneó Stevens la esquina. Un gran ventanal de la fachada delantera, dando frente al mar, transparentaba la luz interior. Cautelosamente, aplicó Stevens la cara contra una esquina del cristal. Un gran salón, vestíbulo, cuarto de estar, trofeos de caza en una pared, y en el toar, dando la espalda al ventanal, la grácil rubia, alias «Judith».

Frank Stevens se mordió los labios, saltó los ojos.

El individuo que tras el bar agitaba una coctelera, contemplando a Dafne Colbert, era... era el difunto Bruce Donovan.

Entre dientes, rezongó Stevens:

—Lo que me faltaba. El muerto ha resucitado.

Respingó sobresaltado, sacudidos sus nervios por una segunda descarga.

En su espalda, entre los dos omoplatos, se hincaba un objeto cilíndrico, y una voz ronca, amenazadora, soplándole el aliento en la nuca, mascullaba:

—Fisgando en casa ajena, ¿eh? Grita o muévete, y te meto un plomo calentito entre pecho y espalda.

CAPÍTULO XII

Frank Stevens, maquinalmente, obedeció a las presiones de la automática empujándole por la espalda. Dio media vuelta, abandonando la esquina y la zona iluminada, para seguir caminando por el césped, alejándose del chalet, hacia la alameda.

No podía formar alboroto, y alarmar a Dafne Colbert y al «difunto».

Siguió con las manos a media altura ante el pecho en reflejo dictado por el cañón hurgándole en la espalda.

Atrás, la voz ronca advirtió:

—Si meditas algún truquito, olvídalo. Nada de codazos ni de coces. Supongo que preferirás conservar la cabeza intacta a tenerla abollada por un culatazo.

—Si es usted el guardián nocturno de estas fincas, está haciendo el indio bravo. No soy ningún ladrón, y si no hablé antes, fue porque no quería que los inquilinos de aquel chalet...

Pisaba la alameda y se interrumpió asombrado.

Tras su modesto «Ford» había otro coche parado. Un lujoso «Packard».

La voz ronca y el estilo de hablar, poco propio de un guardia nocturno, le acabaron de revelar la identidad del que hasta entonces creía un funcionario celoso de su deber.

Volvió la cabeza. En la penumbra eran muy identificables los rasgos achatados y bestiales del chófer del abogado Clifton Baxter.

Luziani, retrocediendo unos pasos, aconsejó:

—No seas lirio, Stevens. Intenta ponerte machote y te va a doler mucho cualquier parte del cuerpo, porque como no soy Texas Kid, apretaré el gatillo, pero la hala irá allá donde se le antoje.

Cruzó Stevens los brazos, indignadísimo.

—El colmo, la gota que le faltaba al barril para derramarse. ¿Te has vuelto loco o qué, Rufiani?

—Luziani —corrigió hoscamente el chófer.

—Luziani o Pampanini, tienes que estar como una chiva, caray. ¿A qué viene eso de venirme a cazar a punta de pistola?

Haciendo oscilar la diestra armada, el chófer replicó adusto:

—Aquí no más chivo que tú. Ayer dabas asco y hoy estás hecho un verdadero cromo.

—Si, hombre, nos vamos a pasar la noche al claro de luna, diciéndonos ternezas. No puedes estar en tus cabales. Has empinado demasiado el codo. Mira, sé buen chico, enfunda tu armatoste, y déjame tranquilo. Tengo algo urgente entre manos, y mañana, cuando te hayas despejado...

—Ahora no llevas el bastón. Soy yo el que lleva la batuta. Tengo orden de llevarte a un sitio, y te llevo. Fui a tu palomar, pero tenías una visita. Aguardé en un cruce cercano a que saliera la visita, pero también habías bajado tú, para despedirla, y saltar a tu cacharro. Te seguí y te pillé espionando asquerosamente —recreminó Luziani con acento virtuoso—. Y ahora, basta de cháchara. Vas a ir al «Packard», y en el asiento que está junto al volante cogerás el nudo corredizo.

—¿Nudo corredizo? ¡Ay, mi madre! ¡Tienes una cogorza da cosaco! Escucha, Luziani, hijo mío...

—¡Haz lo que te digo, *sporaccione*!

Recordó Stevens su interpretación de «Duke». Aquel italiano la reproducía con mucha naturalidad, y era capaz de cualquier tontería peligrosa.

—Bien, conforme. ¿Y qué hago con el nudo corredizo?

—Evitarte una abolladura en el coco. Tengo que transportarte, y no quiero que mientras me ocupo del volante, se te ocurra hacerte el valiente. Agarras el nudo corredizo y te lo ajustas a las muñecas. Me echas el otro extremo de la sogá.

—Ya. Y si digo que no, ¿qué pasará?

Encañonándole, Luziani pasó por delante del «Packard» y fue a abrir la portezuela. Tanteó hasta recoger algo, y avanzó esgrimiendo una larga palanca.

—Voy por la sogá —manifestó Stevens—. Me has convencido. Pero luego... Bien, bien, me callo por ahora.

Junto al volante había un rollo de cuerda. Se destacaba el amplio nudo corredizo. Dócilmente, se lo ajustó Stevens a las

muñecas. Y echó el otro extremo de la sogá al italiano, que cogiéndolo al vuelo, estiró.

—Epa, epa... Nada de abusos. Te acompaño muy voluntariamente, porque quiero saber qué mosca le ha picado al abogado Baxter para recurrir a estos procedimientos. ¿Dónde me instalo?

—A mi lado. Siéntate tú primero.

Obedeció Stevens. El chófer procedió con rapidez, rodeándole los tobillos con el largo remate, y haciendo varios nudos de consolidación, manteniendo siempre empuñada su arma. Pasó a sentarse tras el volante, se guardó la automática en un bolsillo y giró la llave del contacto. Maniobró en marcha atrás, viró, y embalandó progresivamente tomó la dirección opuesta al chalet.

Con las manos atadas entre las rodillas, comentó Stevens:

—Me tiene mosca tu amo.

—No es mi amo, sino mi patrón.

—¿Y tu patrón te ordenó que me largases un plomo calentito, si no te hacía caso?

—No me lo ordenó. Me dijo sencillamente que tenía que convencerte, como fuese, para que vinieses a su casa. Por mi fracaso ayer, preferí emplear algo infalible. Y a casa de mi patrón vamos, que es lo que se trataba de demostrar.

—Resultaba menos complicado que me telefonease.

—Lo intentó repetidamente, pero estabas ausente. Y al parecer, en constante contacto con la policía. Se cansó de esperar comunicar contigo, y me ordenó viniera a pescarte.

—Eres de una fidelidad emocionante, Luziani.

—El señor Baxter me paga bien.

—El señor Baxter se va a ver negro para explicarme cómo es posible que un abogado recurra a un pistolero.

—No soy ningún pistolero, ¿estamos?

—No, claro, el trasto que me metiste por el lomo era de chocolate. Mira, Luziani, voy a olvidarte. Es tu patrón el que tiene que darme cuentas, y no tú.

Clifton Baxter residía en una mansión muy semejante a la de Laura, y poco distante. Al parar el coche ante el pórtico, dijo Luziani:

—Voy a desatarle, Stevens.

—¿Se acabó la confianza? ¿Ya no me tuteas?

—Creo que ha ido comprendiendo que yo cumplo órdenes y no tengo nada personal en contra de usted. Pero me vi obligado a impresionarle para evitarme un segundo fracaso en mi misión.

—Entendido. —Y frotándose las muñecas, mientras Luziani terminaba de quitarle el atadizo en torno a los tobillos, añadió Stevens—: Cumpliste el encargo. ¿Dónde está el abogado?

—En su despacho. Le acompañaré.

—Ya... Como guardaespaldas, por si saludo a porrazos a tu patrón.

Atravesando el amplio vestíbulo, replicó Luziani:

—Dijo usted ayer que con un vejete no se podía desfogar. La orden del señor Baxter es que aguarde al otro lado del vestíbulo, apenas le haya abierto la puerta del despacho.

Llamó Luziani en una puerta, pero ya Stevens empujaba y entrando, avanzó hacia la gran mesa tras la que se sentaba el abogado Clifton Baxter, que se puso en pie, haciendo un ademán apaciguador.

—Comprendo su justa indignación por haberle obligado a venir, señor Stevens. Le ruego acepte todas mis excusas.

La actitud, el tono y los modales del abogado carecían del aplomo de la autoridad que había demostrado el día anterior. Parecía un hombre bajo los efectos de una grave preocupación.

—Le ruego se siente y procure escucharme con la máxima tolerancia.

Impresionado a su pesar, se sentó Stevens, imitándole el abogado, que se presionó con el pulgar y el dedo medio el entrecejo, centrados los ojos. Un ademán elocuente, de pensador tratando de poner orden en sus ideas ante un problema de difícil exposición.

—Hablé con Laura. Me refirió ella su alusión a determinado secreto, y su inquietud, ya que no podía revelarle de qué se trataba. Es un secreto de suma importancia, que supone muchas complicaciones para Laura y para mí también.

—¿Para usted? No existe la menor alusión a usted, ni en las cartas ni en los comentarios policíacos.

—No obstante, dicho secreto ya comentado por la policía, según acaba de revelarme, me afecta también. Pude acudir al sargento

Trevor, pero no me apreciaba mucho; hemos tenido roces, puramente profesionales naturalmente, ya que en mi calidad de criminalista defensor, es mi obligación procurar rebatir cuántos cargos presenten los señores policías. Me hallo ante un dilema, señor Stevens.

—Su carrera le capacita para resolver conflictos.

—Necesito su ayuda. Laura insistió en que le pidiera su ayuda. No soy hombre acostumbrado a suplicar, señor Stevens... Voy a hacerlo. Le suplico encarecidamente influya para que el sargento Trevor emplee todos los medios a su alcance en evitación de que se propague nuestro secreto: el de los Baxter.

—Por sus rodeos, deduzco que está muy desasosegado. Y no por un motivo ilegal, ya que en su condición de jurista, no necesitaría ayuda. Cuente conmigo, aunque sigo ignorando en qué puedo ayudarle.

Se acentuó la tristeza en los rasgos de Clifton Baxter.

—Nuestra sociedad tiene prejuicios que podrán ser absurdos, pero que han adquirido la solidez axiomática de normas. Y dichas normas han llegado a influir de tal modo en las mentalidades, que hasta le hacen a uno avergonzarse de cosas íntimas que son de un orden naturalmente inevitable, como el nacer pobre o rico. Tanto es así, que ahora mismo, ante usted, me cuesta trabajo revelarle... Casi vergüenza, y es lo más triste...

—Escuche, abogado. No siga. Voy a jugar limpio. Por ahora, la policía no tiene la menor idea de cuál pueda ser el secreto de los Baxter. Yo pensaba dejarle hablar, pero si le es tan violento, déjelo.

—Es necesario, porque si no lo hago ahora, luego sería como el agua derramada en el suelo. Los Baxter vinimos a California, alejándonos lo más posible de nuestro suelo natal, Georgia. Nuestros antepasados fueron de raza negra.

Clifton Baxter mantenía los ojos bajos al hacer su revelación. Sus manos temblaban.

—Conseguimos crearnos una posición social. Si se supiera nuestra ascendencia, se nos cerrarían muchos círculos.

—Comprendo. Personalmente, señor Baxter, detesto los prejuicios, pero el prejuicio racial me causa verdaderas náuseas. Me indigna de verdad esta execrable estupidez, vaya...

—Usted es un artista y un hombre fundamentalmente bueno,

Frank —sonrió Baxter, agradecido—. Le hice comprender a Laura, que salvo, actuar desde ahora, podría de un momento a otro, el enemigo anónimo que ella tiene, revelar este secreto. Por eso he recurrido a usted, y ha de perdonarme, repito, el sistema empleado. Espero que Luziani no habrá sido rudo.

—Cumplió con talento —rió Stevens—. Tranquilícese, señor Baxter. Conozco ya lo suficiente al sargento Trevor para saber que si le pido la máxima reserva sobre este punto, la mantendrá. Y ahora, excúseme, pero tengo pendiente un asunto urgentísimo...

Tendió Stevens la diestra, y Baxter la estrechó entre sus dos manos, calurosamente, diciendo:

—Gracias, Frank. Y cuanto antes pueda, visite a Laura. La pobre ha sufrido muchos desengaños y usted le devuelve el optimismo de vivir.

—Me agrada saberlo. ¿Me permite que emplee su coche?

—No faltaba más. Reténgalo todo el tiempo que necesite.

Abriendo la puerta del despacho, llamó Baxter a Luziani, que estaba sentado al otro extremo del vestíbulo.

—Berto, acompañe al señor Stevens y esté a su disposición todo el tiempo que le precise.

En el «Packard», cuesta abajo, rompió Stevens el tenso silencio.

—Bien, bien, Berto...

—Umberto —corrigió hoscamente Luziani.

—De acuerdo. Me lleva al lugar donde está mi fotingo, y luego da media vuelta y regresa a su casita, Umberto. He perdido una hora, pero la tigresa sigue en su guarida. Y ahora soy yo el que se refocila, porque el que prepara la sorpresa padre soy yo. Voy a pillar a la tigresa aletargada, y pillaré al muerto durmiendo... No desvarío, no, Umberto. Claro que usted no conoce ni a la tigresa ni al muerto.

Taciturno, Umberto Luziani condujo en silencio. Hizo una cortés inclinación de cabeza al apearse Stevens.

El «Packard» viró, alejándose. Stevens hurgó en la caja de herramientas del «Ford» hasta encontrar lo que buscaba: Una palanqueta.

Empuñándola, se encaminó hacia el chalet donde se albergaban, según los términos oficiales, una desaparecida y un difunto.

El gran ventanal ya no transparentaba luz alguna. El silencio y la

oscuridad envolvían el chalet y su interior. Frank Stevens percibía la humedad de un sudorcillo resbalando por su nuca, pese a la brisa marina. Aquel ejercicio, nuevo para él, de insertar la palanqueta entre dos juntas de ventana, y procurar separarlas, sin hacer ruido, resultaba más difícil de lo que había pensado.

El más leve crujido resonaba en sus oídos como el estampido de un cañón de grueso calibre. Persistiendo en sus esfuerzos, meditó que lo normal sería avisar al sargento Trevor, pero existía una cuenta pendiente entre él y Donovan.

Aquel condenado tipejo, saltando como una liebre y babeando de fingido temor, le había engañado miserablemente.

Sonrió complacido. La palanqueta acababa de agrandar la hendidura, y suavemente, sin ruido alguno, el marco de una sección del ventanal iba abriéndose.

Empujó Stevens y al quedar abierto el hueco suficiente, cabalgó el reborde, hizo unas contorsiones, y quedó en pie en el interior de la casa.

Permaneció quieto unos instantes. No se oía absolutamente nada.

Sus ojos iban acostumbrándose a la oscuridad, y divisaban ya los contornos de los muebles, del bar, de los trofeos de caza...

Avanzó lentamente, pisando sobre la punta de los pies. Al tocar su zurda el poste junto al primer peldaño de las escaleras, iba repitiéndose mentalmente su objetivo.

Primeramente, averiguar dónde dormía Dafne Colbert. La consideraba mucho más peligrosa que Donovan. Subiendo los peldaños, recargando su peso en la zurda que apoyaba en el pasamanos, estimaba que luchar con una mujer, mano a mano, tenía que ser muy desagradable, aunque se tratase de una fiera dañina.

Amarraría primero a Dafne con las mismas sábanas, y si el ruido atraía a Donovan, se iba a desfogar a gusto, rompiéndole aquella cara de hipócrita consumado.

En el rellano alto, ya plenamente habituado a la oscuridad, sus ojos recorrieron las cuatro puertas. Cuatro dormitorios posiblemente. Puertas cerradas, seguro. Lo difícil iba a ser acertar dónde dormía Judith-Dafne.

El rellano tenía a cada extremo un corredor lateral, que debía

conducir y conducía a la terraza, visible desde abajo. Un mirador marítimo, completamente obligado en aquel género de construcciones.

Frank Stevens llegó a la terraza, y abrió simplemente una puerta encristalada. Una terraza lisa, sin separaciones. Los huéspedes podían salir de sus habitaciones y respirar el aire puro y salobre de la mañana.

Adhirió el rostro a un cristal. Una cama, echada encima la funda blanca de tela protectora. Deshabitada.

En el balcón siguiente, el cristal transparentaba una cama deshecha. Era lo primero que llamaba la atención; la blancura de las sábanas, cuyo embozo estaba apartado, como si su ocupante hubiera abandonado el blando lecho, precipitadamente...

Un doble reflejo salvó a Stevens.

El primer reflejo le iluminó el cerebro como el fogonazo de un relámpago. Alguien había abandonado precipitadamente su cama, porque había oído algo que le despertó. Las conciencias poco tranquilas tenían un sueño muy ligero.

El segundo reflejo fue muscular. Saltó a un lado y el puño que se abatía sobre su nuca repicó contra el cristal, que saltó en pedazos.

Bruce Donovan, en pijama, se movía con suma rapidez. Su puño izquierdo se alzaba ya en gancho, pero Stevens le aplicaba un recio palanquetazo en un sitio muy doloroso; la garganta.

Donovan se encogió, abriendo al máximo la boca, caídos los brazos.

La rodilla de Stevens chocó violentamente con el estómago de Donovan, que cabeceó como un náufrago en último grado de asfixia.

—Por abusar de mi credulidad —resolló Stevens, asestando el tercer golpe.

Una alevosa patada en plena cara del que se había doblado hacia adelante, y ahora se desdoblaba violentamente, impulsado hacia atrás.

Se abalanzó Stevens, cogiéndole por la pechera del pijama para evitar que cayese. Y resopló:

—No voy a ser roñoso contigo, verraco.

El físico desquite le embriagaba. Un desquite largamente incubado desde la primera aparición de la máscara.

Desmadejado, sangrante el rostro, Bruce Donovan estaba en pie, fuera de combate, sin caerse, porque Stevens le sostenía erecto, empuñándole en estrujón la tela de la chaqueta del pijama.

—Los tres piñazos anteriores eran de mi parte, guarro. Este otro de parte de Laura...

Y alzó la palanqueta, dispuesto a estrellarla en la cabeza de Donovan. Quedó con el brazo en alto, sorprendidísimo...

¿Cómo podía aquel cerdo pegarle en la nuca, si estaba totalmente hecho papilla, con los brazos caídos?

Esto fue lo último que pensó, antes de soltar la palanqueta y desplomarse inerte.

CAPÍTULO XIII

Se mecía suavemente, bamboleándose entre compactas nubes algodonosas, y en torno a sus sienes volaban pajaritos muy monos, trenzando una corona de melodiosos silbidos, con trinos persistentes.

En la nuca debía tener un segundo corazón, a juzgar por los latidos. Y sus párpados, pesados como el plomo, eran sonrosados.

Comprendió Stevens que el matiz rosa se debía a una luz encendida. Pero siguió manteniendo los ojos cerrados.

Estaba ya comprendiendo... un poco tarde. En su desfogamiento físico contra Bruce Donovan, había olvidado por completo a la «tigresa» y el cristal que astilló Donovan al fallar su puñetazo traidor.

Aquel ruido debió despertar a Dafne. Vino suavemente por detrás y allí estaba él. Como un imbécil cordero, a merced de la pareja sanguinaria.

Se estremeció levemente. Recordaba el aforismo del hampa: «Quien mata a uno, recibe la misma muerte que matando a dos o tres». Un cadáver más, ¿qué les importaría a aquel par de criminales?

Tenía las muñecas juntas, muy juntas. Algo adhesivo las enlazaba prietamente. Esparadrapo. Estaba medio tendido, las piernas a ras de suelo, la espalda contra una pared. Se ladeó un poco, y logró quedarse sentado.

Abrió los ojos.

A unos tres pasos, instalada en un sillón, Dafne Colbert le contemplaba con curiosidad. Estaba encantadora con aquel pijama de punto azul, que se ceñía a su cuerpo como una malla.

Removió Stevens la cabeza en lentos giros comprobatorios. Doloroso, pero nada roto. Rió sin ganas. Estaba comprobando si tenía el cogote en buen estado, y dentro de poco iría a aumentar la

lista de difuntos legítimos.

Buscó con la mirada por aquel dormitorio muy femenino. No había rastro de Bruce Donovan.

Debía ella poseer telepatía, además de esquizofrenia, porque dijo amablemente:

—Bruce quedó en muy mal estado. Un puño agrietado por cortes de cristal, la nariz rota y una especie de asfixia convulsiva. Necesitaría los cuidados de un médico, porque creo que tiene la garganta gravemente lesionada, pero es imposible llamar a un médico.

Contempló Stevens el revólver de culata de nácar, que estaba sobre la mesita al lado del sillón ocupado por Dafne. Y la diestra de Dafne se posaba de plano sobre la mesita, rozando la culata.

—¿Qué ocurriría si llamase a un médico, Frank?

—Raes que el galeno diría escamado: «Pero, caramba, señora, ¿no habíamos quedado en que este marrano de Donovan estaba muerto?».

—Celebro ver que no pierdes el sentido del humor, Frank.

—Pido a la Providencia que me lo conserve hasta más allá de la tumba, Judith.

—¿Judith? Mientras esperaba que despertases, fui recordando nuestra reciente entrevista, Frank. Dijiste cosas raras, que entonces no me sorprendieron demasiado, creyéndolas casuales. Pero tu presencia en esta casa es reveladora. Significa que no eres tan tonto como creía.

—Gracias. Pero tengo que despejar tu confusión, Judith. Yo estaba intrigado por saber tu dirección. Y seguí tu coche.

—Hace más de una hora que llegué.

—Quise aguardar a que estuvierais los dos dormidos, ¿comprendes? Al reconocer a Donovan, pensé que tú me explicarías el misterio.

—Mientes muy mal, Frank —reprochó gentilmente ella.

—No veo por qué había de mentir, Judith.

—Para intentar salvar tu piel, Frank —musitó ella, sonriente.

Rió Stevens torcidamente con la mueca del que muerde un limón.

—No te pongas triste, muchacha. Yo vine a verte a ti, me saltó encima un energúmeno, y al reconocerle, me puse furioso. Eso es

todo.

—Tardaste más de una hora. Sólo pudiste llegar aquí, siguiéndome. Era otra mentira tu cita con Trevor. No eres de los que pueden esperar pacientemente una hora, y no empleaste este tiempo en ir a avisar a Trevor, o si no, la casa estaría rodeada. Cuando te até las muñecas, fui a cerciorarme. ¿Qué hiciste durante esta hora?

—Aguardar para poder desfogarme con Donovan, que abusó de mi credulidad.

—Eres gracioso. Intentas mentir, pero no sabes. Es un arte, que de no haber nacido mujer, ha de practicarse con regularidad. Cuando te ofrecí mis labios, me besaste maquinalmente, sin hombría, sin deseo. Algo impropio de tu apariencia, Frank. Recordé después... Tus ojos se hundían en los míos.

—Si te estaba besando, ¿dónde iba a mirar? ¿Al techo?

Apoyó Stevens los codos en el suelo, disponiéndose a levantarse.

—Sigue sentado como estás, Frank. Aquí, un disparo no lo oírán ningún vecino. Siéntate.

Obedeciendo, dobló Stevens las piernas, y apoyó en las rodillas sus codos, colocándose los dos puños juntos bajo la barbilla.

Soltó ella el revólver, pero su mano continuó posada en la mesita.

—No acierto a adivinar cómo pudiste reconocermelo, Frank.

—El culatazo en la nuca lo recibí yo, muchacha, y no tú. Estás desvariando. ¿Cómo no te iba a reconocer, Judith?

Acentuó ella su sonrisa. Ausente toda candidez, era una mueca perversa.

—Antes de abrir los ojos, Frank, te removías inconsciente. Dijiste cosas propias de alguien que divaga bajo los efectos de un sopor artificial. Aludiste a una tigresa, añadiendo insultos desagradables. Y citaste un nombre: Dafne.

—Un nombre raro, ¿eh? Por eso mismo me quedó en el subconsciente cuando lo oí citar a Trevor, como el de la hermana de Colbert, a la que éste mató.

—¿Tigresa?

—Debió ser mí «sub» evocaba a Laura, la de la melena roja y los andares felinos.

—¿Esquizofrénica?

El semblante de Dafne compendia ahora un íntimo furor largo tiempo acumulado.

—Debiste oír mal, Judith. Si empleé este término, tuvo que ser en género masculino. Porque así fue cómo me calificó Trevor al principio de conocerme.

Aquel esfuerzo mental le iba a dejar agotadísimo, pensó Stevens, pero tal vez si lograba persistir, ensartando embustes plausibles, cabía una posibilidad de salir con vida.

—Repito, Frank; no eres tan tonto como te suponía. Explícame ahora qué deduces de la presencia de Bruce Donovan aquí.

—Está clarísimo, tan claro, que no lo puede ser más —alargó Stevens, en busca desesperada de una explicación «plausible»—. Diáfano como el rocío matutino. Comprendo perfectamente todo lo que le ha pasado a Bruce.

—¿Sí? Vamos, te escucho —apremió ella.

—Está clarísimo, caramba. Conocí a Bruce cuando le estaban silueteando a tiros, ¿no?

Hizo Stevens una pausa, estrujándose la imaginación laboriosamente.

Y Dafne le acechaba como una gatita hambrienta ante un succulento plato de hígado fresco, pensó él.

Y de pronto la luz se hizo. Rió satisfecho, exponiendo:

—Me pongo en el pellejo de Bruce, mientras pegaba saltitos monte abajo, diciéndose: «O sea que mi esposa y su cómplice han decidido eliminarme, ¿no? Tengo que huir. ¿Dónde? A casa de mi buena amiga, Judith».

—Ingeniosa explicación, Frank. Pero hay un fallo. Un marido al cual, como dices, cazan a tiros, va directamente a la policía.

—Un momento, un momento —arguyó Stevens doctoralmente. Vislumbraba ya la posibilidad de escapar con vida—. El temor al ridículo, el deseo de averiguar personalmente los motivos de Laura, el desengaño sufrido..., son acicates que espolean a Bruce hacia tu refugio. —Y entusiasmado por el buen funcionamiento de su imaginación, añadió Stevens—: Un hombre con el corazón destrozado viene a buscarlo en los brazos de otra mujer. La mujer que siempre fue buena con él, como tú, Dafne.

Sonrió ufano Stevens. Ella hasta entonces le escuchaba con aire de estar convencida. ¿Por qué de pronto reaparecía la mueca cruel?

La diestra femenina se crispaba en torno a la culata de nácar. Y la voz habitualmente dulce, sonaba ahora estridente.

—¡Acabaron tus mentiras, Frank Stevens! Tu última palabra ha sido suficiente. Pronunciaste mi verdadero nombre.

El revólver le encañonó, y el índice iba doblándose sobre el gatillo.

El disparo astilló la pared.

Consiguió Stevens ponerse en pie en distensión casi acrobática, y embistió cabeza agachada, puños juntos en alto.

El segundo disparo le paró en seco, instintivamente.

Había atronado en la alcoba, con repercusión ensordecedora, mucho más estruendosa que el eco del disparo de pequeño calibre empuñado por Dafne Colbert.

Y ésta se tambaleaba, llevándose las dos manos a un costado. En el suelo estaba su revólver.

Y en el hueco de la ventana abierta, Umberto Luziani miraba hoscamente el humeante cañón de su automática.

—Le tenían perplejo a Luziani mis comentarios sobre una tigresa y un muerto —iba exponiendo Stevens en el despacho de Trevor—. Dio media vuelta y decidió fisgar, como dijo él, cuando me sorprendió atisbando el interior del chalet. Vio una ventana abierta y entró. Subid arriba, llegó a la terraza, y en un dormitorio encontró a Bruce Donovan, inconsciente.

—Y con la garganta hecha migas. Tardará días en poder hablar.

—Pero cantará y a pleno pulmón, mi sargento.

—Ha hecho algo mejor. Ha escrito febrilmente, llenando páginas, porque desea que sepa, y pronto, que él no mató a nadie. Que fue ella, Dafne. Pero siga con su relato.

—El epílogo. Luziani oyó mi voz, y se puso a escuchar. Pero cuando Dafne disparó no le quedó más remedio que intervenir. Tiene permiso de armas.

—Y no le pasará nada. Pero pudo haber disparado con más tino, desarmando a Dafne, y no matándola.

—Eso de disparar con tino lo vamos a dejar para los pistoleros del Oeste en las películas. El bueno de Luziani hizo lo que pudo. No era su intención matar. Quería sólo desarmar a Dafne.

—Escuche, Frank; celebro mucho su coordinación tan completa conmigo, que hasta pensó en recoger las huellas de Dafne en la copa. Pero su obligación, apenas descubrió a Donovan con Dafne, era avisarme.

—Quería entregarle a la pareja unida por los codos. Además, no soy un policía, caray. Soy un pacífico ciudadano, al que metieron en un lío espantoso, y quise desfogarme con Donovan.

—Es posible, y como hombre le comprendo, porque yo hubiera hecho lo mismo. Pero como policía... Bien, como policía celebro que no sea King Colbert el culpable, y que se haya resuelto ya este endiablado caso.

Laura Baxter escuchaba horrorizada los detalles de la trama urdida contra ella y Colbert.

—Si yo no hubiese aparecido —terminó Stevens—, el plan primitivo casi era el mismo. Usted habría bajado a la playa en busca de Bruce, y mientras, Dafne, que tenía su coche entre la arboleda, con Roger Anderson dentro, lo trasladaba al patio posterior del chalet, le dispara el rifle para que la sangre quedase como prueba de un asesinato, y se lo llevaba para despeñarlo, acompañándola Donovan, que al aparecer usted por la playa, ya estaría remontando la ladera.

—¿Cómo explicó Donovan que Roger Anderson se dejase convencer por Dafne?

—Ésta le dijo que tenía pruebas de que en Hoyo Solitario se disponía usted a matar a Donovan. Por el camino hacia allá, Roger expuso dudas, y dio a comprender a Dafne que sospechaba de ella. Pero era lo mismo, porque ya estaba sentenciado. Dafne había decidido que Roger Anderson sería el que aparecería calcinado, con los objetos personales que demostrasen que era Donovan. Dafne se llevó el cadáver de Roger en el «Mercury» de usted, mientras Donovan sacaba el coche de Dafne de la arboleda y lo estacionaba en la carretera.

Murmuró ella:

—La pesadilla ha terminado, Frank.

Repitió dos veces más su visita a la clínica. Y acompañando a Laura, el día en que ésta, ya repuesta del todo, la abandonaba, asintió complacido a la petición de ella.

Quería visitar su estudio.

Y ante el lienzo representando la horrible máscara se estremeció ella, volvió el rostro y lo hundió en el pecho de Frank Stevens.

El abrazo se hizo más estrecho, con naturalidad espontánea.

Los labios femeninos eran jugosos, henchidos de promesas placenteras, porque rebosaban de sana vitalidad.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

